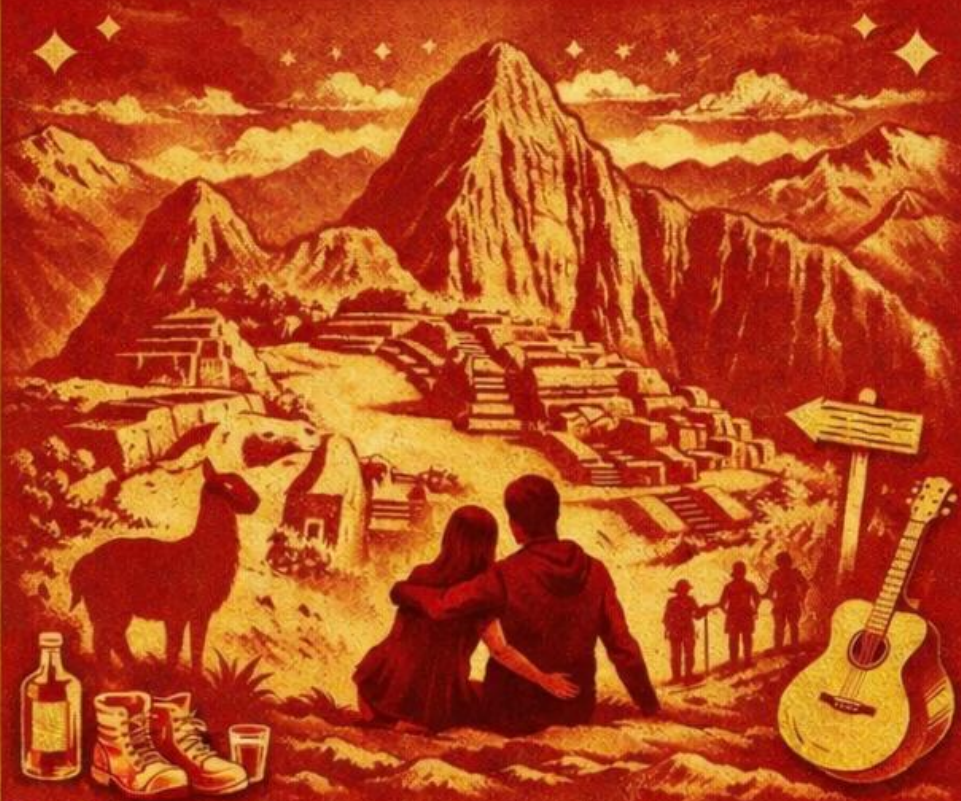


BRICHERO



GONZALO WENCESLAO SACO-VERTIZ MOLFINO

Introducción

Brichero narra las historias de un peruano, que decide vivir en Cusco, donde describe historias de trekking, experiencias con mochileras, y con viajeros de todo el mundo, es un viaje de reinención aprendiendo a superar miedos y disfrutar la vida de otra manera. Es una historia de aventuras, encuentros y crecimiento personal.

No es solo sobre trekking, fiestas o romances pasajeros,
Este libro es sobre transformación.
Sobre un hombre que llegó a Cusco huyendo de su pasado...
y terminó encontrándose a sí mismo.
Y si algo tengo claro después de todos estos años es esto:

Cusco no solo cambia a los viajeros.
Cusco también cambia a los que se quedan.
Por eso digo hoy, con el corazón lleno de recuerdos:

Cusco, la ciudad que quedará grabada por siempre en mi corazón.
Me encantaría que este libro llegue a librerías de todo el país y que sea leído por personas de todas partes del mundo. Ese es mi sueño.

Quizás algún día, en el futuro, alguien lo lea y le guste tanto esta historia que decida hacer una película sobre BRICHERO.
Que consigan actores muy apuestos, personajes que se parezcan a los reales y que tengan la oportunidad de viajar por Cusco y revivan cada historia entre estos paisajes alucinantes.

Quién sabe... algún día.

Y así comienza esta historia...

Índice

- El inicio del cambio
- Jill
- Primer Hike y trek
- Primera noche en la montaña
- Brichero y Noches de Cusco
- Cyrielle y Brooke
- Cusco Day Hike
- Kris y Kiana
- Burbuja de amor y Galán de noche
- Sarah, sarita de mi corazón
- Jackie, un segundo padre
- Mi madre y mi abuelo Wenceslao
- Mi padre y la escritura
- Basic English
- El Pajarraco y Shawn
- Titicaca, Ausangate y Vanessa
- Daphne, la francesa y Lauren, la americana
- San Francisco y Basia
- La laguna Piuray, Plácido y Álvaro
- El Mono y Cali
- Jyoti, una hermosa luz en el camino
- Muerto por dentro
- Laura y la Cicciolina
- Kim

Capítulo 1 — El inicio del cambio

Nací en Lima en 1986. Durante veintinueve años, esa ciudad fue todo lo que conocí. Mi vida estaba ahí: mis amigos, mi trabajo, mi rutina, mis sueños y también mis miedos.

Lima puede ser una ciudad intensa. Mucho ruido, mucho tráfico, mucha presión. Durante años viví ahí tratando de encontrar mi camino como cualquier joven que intenta construir su vida. Pero hubo una parte importante de mi historia que marcó profundamente esos años: mi relación con Valentina.

Ella fue una mujer muy especial en mi vida. Una chica suizo-italiana a la que conocí gracias a un amigo en común. Desde el principio hubo una conexión muy fuerte entre nosotros. Era dulce, buena, y tenía una forma muy tranquila de ver la vida.

Empezamos nuestra relación muy joven, prácticamente adolescentes. Y como muchas historias de amor que comienzan temprano, crecimos juntos.

Durante ocho años compartimos una vida llena de momentos hermosos. Viajes, conversaciones interminables, planes para el futuro. Valentina fue la mujer que me hizo creer nuevamente en el amor.

Con el paso del tiempo empezó a aparecer algo que muchas parejas jóvenes enfrentan: la presión del mundo adulto. Las expectativas familiares. Las preguntas inevitables.

¿Cuándo se van a casar?

¿Van a tener hijos?

Nosotros todavía estábamos descubriendo quiénes éramos como personas. Sentíamos que aún teníamos mucho por vivir, mucho por aprender, mucho por explorar.

Después de ocho años juntos, nos hicimos una pregunta difícil pero necesaria:

¿Esto es realmente lo que queremos para nuestras vidas?

En ese momento decidimos tomar distancia para pensar.

Valentina se fue de viaje a Italia para desconectarse un poco, para sanar, para respirar. Yo me quedé en Lima tratando de recomponerme emocionalmente. Ese fue uno de los momentos más difíciles de mi vida.

La ruptura me afectó profundamente. Entré en una etapa muy oscura marcada por ansiedad, ataques de pánico y depresión. Había días en los que sentía que mi propia mente era una cárcel.

Trabajaba y entrenaba en el gimnasio intentando mantenerme ocupado, intentando no pensar demasiado. Pero la verdad es que muchas veces sentía que estaba atrapado en mi cabeza. Mientras tanto, Valentina estaba en Italia intentando encontrar su propio camino. Durante ese viaje conoció a un chico italiano.

Cuando regresó a Perú, los dos sabíamos la verdad. Nuestra relación ya había terminado.

Greg Plitt

Durante ese periodo oscuro apareció una persona que, sin saberlo, tendría un impacto enorme en mi vida: Greg Plitt. Lo conocí a través de YouTube. Greg Plitt era un fisicoculturista muy conocido, pero más que eso, era una persona que hablaba sobre disciplina, mentalidad y superación personal. Sus mensajes eran directos, intensos, casi militares.

Uno de sus mensajes se quedó grabado en mi mente:

“Face your fears.”

Enfrenta tus miedos.

Por coincidencia —o tal vez por destino— Greg Plitt llegó a Lima para dar una conferencia. Yo asistí.

Escucharlo hablar en persona fue algo que me marcó profundamente. Sus palabras me hicieron entender que mis ataques de pánico no tenían que definir mi vida. Que podía enfrentarlos.

Que podía recuperar el control. Ese fue uno de los primeros pasos de mi reconstrucción.

Cesar Millán

Otra influencia muy importante en ese momento fue César Millán, conocido en el mundo como The Dog Whisperer.

César Millán también había pasado por una ruptura amorosa muy difícil en su vida. Incluso estuvo cerca del suicidio antes de encontrar su propósito ayudando a rehabilitar perros.

Su filosofía era simple pero poderosa:

Ejercicio.

Disciplina.

Afecto.

Siguiendo esas ideas empecé a cambiar mi rutina diaria. Salía a correr al parque. Entrenaba todos los días. Y poco a poco empecé a practicar algo que César enseñaba mucho: vivir en el presente.

Ver.

Oír.

Sentir.

Dejar de vivir atrapado en el pasado.

Tener Fé

Durante ese proceso también me acerqué mucho más a mi fe. Empecé a rezar con frecuencia, a hablar con Dios y con la Virgen María en momentos de silencio. Fue un proceso de sanación lento, pero real.

Sin darme cuenta, estaba reconstruyendo mi vida desde cero.

Y fue justamente en ese momento —cuando ya empezaba a sentir nuevamente un poco de luz— que apareció una idea que cambiaría completamente mi destino. Una idea que me sacaría de Lima.

Una idea que me llevaría a una ciudad mágica en los Andes.

Una ciudad donde miles de viajeros llegan buscando algo.

Algunos buscan aventura.

Otros buscan amor.

Otros buscan respuestas.

Esa ciudad era Cusco. Y sin saberlo aún, ahí comenzaría la verdadera historia de mi vida.

Capítulo 2 — Jill

Llegué a Cusco en el año 2016. No fue una decisión completamente planeada. En realidad, fue una mezcla de destino, necesidad de cambio y también un poco de escapar de algunos problemas en Lima.

En ese momento mi vida estaba pasando por otra etapa intensa. Yo trabajaba como entrenador personal en Lima y estaba viviendo un romance muy apasionado con una chica rusa. Era una relación fuerte, llena de atracción, de esas que aparecen de repente y te envuelven por completo. Pero había un pequeño detalle: ella tenía enamorado.

Al principio parecía algo pasajero. Una aventura que no iba a traer mayores consecuencias. Pero la situación se complicó cuando su novio se enteró de que nosotros estábamos saliendo. Las cosas empezaron a ponerse tensas, incómodas. No era el tipo de problema que yo quería en mi vida en ese momento.

Curiosamente, en esa misma época mi padre vivía en Cusco. Él trabajaba administrando un restaurante muy conocido en la Plaza de Armas, en la calle llamada Calle del Medio. Así que tomé una decisión. Irme a Cusco por un tiempo.

Tal vez unas semanas, tal vez unos meses. No lo sabía con certeza. Solo sentía que necesitaba cambiar de aire, salir de Lima y empezar algo distinto.

La chica rusa regresó a Barcelona, y ese romance terminó casi tan rápido como había empezado. Yo, en cambio, tomé un avión rumbo a Cusco sin imaginar que ese viaje cambiaría mi vida.

Cusco era completamente distinto a Lima.

La ciudad tenía otra energía. Caminando por sus calles podías escuchar idiomas de todo el mundo. Mochileros, viajeros, aventureros... personas que habían llegado buscando algo.

Libertad.

Experiencias.

Historias.

Fue en ese ambiente donde, apenas un mes después de haber llegado, conocí a alguien que marcaría el inicio de una nueva etapa de mi vida. Su nombre era Jill y era de Países Bajos.

Era alta, de pelo castaño y ojos claros. Tenía una cara muy linda y un cuerpo atlético. Había algo en su presencia que llamaba la atención inmediatamente. No solo por su belleza, sino por la energía que transmitía. Jill tenía el espíritu de una verdadera viajera.

Le gustaba caminar, explorar, descubrir lugares nuevos. Amaba la naturaleza, las montañas y los paisajes salvajes. En ese momento yo todavía no lo sabía, pero conocer a Jill cambiaría muchas cosas en mi vida. Porque fue ella quien me abriría la puerta a un mundo completamente nuevo para mí.

El mundo del trekking.

Gracias a Jill comenzaría a descubrir senderos, paisajes y experiencias que terminarían definiendo gran parte de mi vida en los años siguientes.

Sin saberlo, ese encuentro también marcaría el inicio de algo más. El comienzo de una serie de historias, encuentros y despedidas con viajeras de todas partes del mundo.

Capítulo 3 — Primer Hike y trek.

Poco tiempo después de conocer a Jill, ella me propuso algo que cambiaría mi vida.

—Vamos a hacer una caminata —me dijo.

Para ella era algo completamente normal. Para mí no tanto. Yo venía de Lima, del gimnasio, de entrenar con pesas, de correr en parques. Pero caminar por montañas era algo totalmente nuevo. Un día me habló de un lugar que casi nadie conocía en ese momento: la montaña de siete colores.

En ese entonces no era el destino turístico famoso que es hoy. No había cientos de buses ni miles de personas subiendo todos los días. Era el año 2016 y ese lugar era todavía un secreto escondido en los Andes. Organizamos el viaje con algunos amigos. Recuerdo que éramos un pequeño grupo de aventureros: Matt, de Escocia; Amber, de Estados Unidos; Ricardo, de Lima; Jill, por supuesto; y algunos chicos más que eran parte de South American Explorers.

Salimos muy temprano desde Cusco. El camino era largo, atravesando pueblos pequeños, campos abiertos y montañas que parecían no tener fin. Cuando empezamos la caminata, lo primero que sentí fue el silencio.

No había turistas.

No había ruido.

No había filas de gente esperando una foto.

Éramos solo nosotros caminando entre montañas gigantes, bajo un cielo azul profundo. El aire era frío y delgado, típico de los Andes. Cada paso costaba un poco más. Pero había algo en esa caminata que me hacía sentir vivo.

Mientras avanzábamos, el paisaje se volvía cada vez más impresionante. Montañas nevadas alrededor, valles inmensos y un horizonte que parecía infinito. Cuando finalmente llegamos al punto donde se veía la montaña, me quedé en silencio.

Las franjas de colores eran reales. Rojas, amarillas, verdes... como si alguien hubiera pintado la montaña con un pincel gigante.

Pero lo más increíble era esto: no había nadie más. Solo nosotros.

Nos sentamos ahí arriba un rato, contemplando el paisaje, respirando ese aire puro de la montaña. Recuerdo pensar que algo dentro de mí estaba cambiando. Después de todo lo que había vivido en Lima —la ruptura con Valentina, la ansiedad, la sensación de estar perdido— esa caminata fue como una especie de renacimiento.

Las montañas tenían algo especial. Algo que calmaba la mente. Ese día entendí que Cusco no era solo un lugar al que había venido de paso. Tal vez había venido a encontrar algo más.

Tal vez había venido a encontrarme a mí mismo.

Y sin saberlo todavía, ese sería solo el comienzo de muchas caminatas, muchas historias... y muchas personas que entrarían en mi vida en esta ciudad mágica.

Después de aquella primera aventura a la montaña de siete colores, algo en mí había cambiado. Las montañas empezaban a convertirse en parte de mi vida.

Fue entonces cuando Jill me propuso una nueva aventura.

—Vamos a hacer un trek —me dijo un día.

Yo la miré con curiosidad.

—¿Un trek? ¿No es lo mismo que una caminata?

Ella sonrió y me explicó algo que hasta ese momento yo no sabía.

Un hike es una caminata corta. Puede durar unas horas o tal vez un día entero. Sales por la mañana y regresas el mismo día.

Pero un trek es algo diferente.

Un trek significa aventura. Significa caminar durante varios días, dormir en campamentos, atravesar montañas, valles y pueblos remotos. Es una experiencia mucho más profunda. Y el lugar que Jill tenía en mente para mi primer trek era uno de los más hermosos de los Andes: el Lares Trek.

Yo nunca había hecho algo así en mi vida.

La idea de caminar durante varios días por las montañas sonaba emocionante... pero también un poco intimidante.

Aun así, algo dentro de mí quería hacerlo.

Tal vez porque sentía que cada vez que caminaba en las montañas de Cusco, una parte de mí se iba sanando.

El Lares Trek nos llevaría por paisajes que parecían sacados de otro mundo: lagunas de color turquesa, montañas gigantes cubiertas de nieve, y pequeños pueblos andinos donde el tiempo parecía haberse detenido. También sería la primera vez que dormiría en carpa en medio de la naturaleza.

Recuerdo preparar mi mochila con esa mezcla de emoción y nervios.

Para Jill, todo esto era completamente normal. Ella ya tenía experiencia en caminatas de varios días. Para mí, en cambio, todo era nuevo. Pero ella tenía algo que yo admiraba mucho: una conexión muy natural con la montaña.

Y sin saberlo, Jill estaba abriendo una puerta en mi vida. Una puerta hacia el mundo del trekking. Un mundo que poco a poco se convertiría en parte fundamental de mi historia en Cusco.

Capítulo 4 - Primera noche en la montaña

La primera noche durmiendo en la montaña fue una experiencia completamente nueva para mí. Habíamos caminado durante horas por los paisajes del Lares Trek, atravesando valles enormes, lagunas silenciosas y montañas que parecían tocar el cielo. Cuando finalmente armamos las carpas, el frío empezó a sentirse con fuerza. Era el tipo de frío que solo existe en los Andes.

Me metí dentro del sleeping bag tratando de encontrar calor. Jill estaba muy cerca de mí dentro de la carpa. Dormimos prácticamente uno al lado del otro para mantener el calor durante la noche. Afuera, el silencio de la montaña era total.

Nada de carros.

Nada de teléfonos.

Nada de ruido.

Solo el viento suave moviendo la carpa y el cielo lleno de estrellas.

A la mañana siguiente desperté con una de las imágenes más impresionantes que había visto en mi vida. El sol empezaba a iluminar lentamente las montañas nevadas. Alrededor de nosotros caminaban tranquilamente llamas y alpacas, como si fueran parte natural del paisaje. Un poco más allá estaban los niños de las comunidades andinas.

Jugaban en medio del frío como si no existiera. Tenían los cachetes rojos por la altura y el sol que les quemaba las mejillas y también

una sonrisa enorme, de oreja a oreja. Esa alegría simple tenía algo muy puro, muy auténtico.

Era como si en ese lugar el tiempo se moviera de otra manera.

Después de cuatro días caminando por las montañas, llegó el momento de regresar. Subimos al carro que nos llevaría de vuelta a Cusco. Mientras descendíamos por las carreteras de los Andes, empecé a sentir nuevamente la conexión con el mundo moderno.

El wifi.

El tráfico.

Los carros.

La polución.

El ruido.

Todo eso volvía poco a poco a mi vida. Durante esos cuatro días en la montaña había olvidado completamente ese mundo. Había estado conectado conmigo mismo, con la naturaleza, con el silencio.

Y fue ahí cuando entendí algo importante.

Este camino de autosanación, de buscar la montaña como una forma de encontrarte contigo mismo, tiene mucho que ver con el mundo en el que vivimos hoy.

Vivimos en una sociedad donde muchas personas se enfocan únicamente en hacer más y más dinero. Trabajar más, producir más, competir más.

Pero muchas veces se olvidan de algo fundamental. La conexión con nuestro propio entorno. Y el equilibrio con nuestro propio cuerpo.

Escribo este libro también para las personas que están pasando por momentos difíciles: depresión, ataques de pánico o ansiedad.

Yo estuve ahí.

Los antidepresivos pueden ayudar en momentos muy duros, y muchas veces son necesarios. Pero no se puede tapar el problema de raíz con una pastilla, así como no se puede tapar el sol con un dedo. Si realmente quieres ir más allá, tienes que empezar a vivir de una manera distinta.

Cambiar tus hábitos.

Cambiar tu entorno.

Juntarte con personas que ven el mundo de otra manera.

Por eso viajar es tan importante. Viajar es como leer un libro. Te abre la mente y a veces también puede abrir el corazón.

Capítulo 5 — Brichero y noches de Cusco

En Cusco existe una palabra muy particular que probablemente muchos viajeros nunca han escuchado antes. La palabra es brichero.

Dicen que viene del inglés bridge, que significa “puente”. Con el tiempo, en el lenguaje popular de Cusco, esa palabra se fue transformando en brich y finalmente en brichero.

En la jerga local, un brichero es un hombre cusqueño o peruano que sale románticamente con mujeres extranjeras. Es una palabra que se escucha mucho entre los locales, especialmente en una ciudad como Cusco, donde miles de viajeros llegan cada año desde todas partes del mundo.

A veces la palabra se usa como una broma. A veces como una crítica. Y otras veces simplemente como una descripción de algo que pasa muy seguido en una ciudad llena de mochileros y aventureros.

Cuando decidí escribir este libro, sabía que el título era muy importante. La portada de un libro tiene que llamar la atención.

Tiene que provocar curiosidad.

Por eso elegí el nombre BRICHERO.

Es una palabra muy conocida en el Perú y, de alguna manera, también refleja una parte de mi propia historia.

Durante mis años viviendo en Cusco he conocido mujeres de muchas partes del mundo. Viajeras, mochileras, aventureras que llegaron buscando experiencias nuevas en los Andes.

Algunas de ellas pasaron por mi vida solo por unos días.

Otras dejaron recuerdos mucho más profundos.

Cada una de esas historias forma parte de este libro.

Pero Brichero no es solamente una historia sobre romances con extranjeras.

Es también la historia de un hombre que llegó a Cusco buscando reinventarse.

Un hombre que encontró en las montañas, en los viajes y en las personas de otros países una nueva manera de ver el mundo.

Porque a veces las personas que llegan desde lejos no solo cambian tu vida por un momento.

A veces también te ayudan a descubrir quién eres realmente.

Cusco no solo es montañas, trekking y paisajes increíbles.

Cusco también tiene noches que parecen no terminar nunca.

En esa época tenía un gran amigo limeño, como yo, llamado Ricardo. Con él empezamos a descubrir otro lado de la ciudad: los hostels llenos de mochileros, viajeros jóvenes de todas partes del mundo, música, cerveza y fiestas que duraban hasta el amanecer.

Muchos de esos hostels organizaban torneos de beer pong.

Para quienes no lo conocen, el beer pong es un juego muy popular entre mochileros. Dos equipos se enfrentan lanzando una pelota de ping-pong hacia vasos de cerveza colocados en el otro lado de la mesa. Si la pelota entra en el vaso, el otro equipo tiene que beber.

Puede sonar simple.

Pero cuando empiezas a jugarlo en serio... se vuelve casi un deporte.

Ricardo y yo nos volvimos muy buenos en ese juego.

Tan buenos que empezamos a ganar prácticamente todos los campeonatos de beer pong en los que participábamos.

En esos torneos jugaba gente de todas partes del mundo: australianos, estadounidenses, europeos, mochileros que estaban de paso por Cusco buscando aventura.

Y siendo completamente honesto, nuestro principal objetivo no era solo ganar.

También era conocer chicas.

Cada campeonato era como una pequeña batalla social. Y cuando ganábamos —que era bastante seguido— terminábamos rodeados de gente celebrando, brindando y tomando cerveza con nosotros.

Las chicas se acercaban, nos apoyaban, nos animaban.

Eso, por supuesto, no le gustaba mucho a algunos de los administradores de los hostels.

Muchos de ellos también participaban en los torneos, y ver a dos limeños llevándose siempre la victoria no les hacía mucha gracia.

Digamos que no éramos sus jugadores favoritos.

Pero para nosotros todo era parte del juego.

Antes de entrar a cada hostel teníamos incluso una pequeña cábala.

Como un futbolista que se prepara antes de entrar al campo de juego.

Nos persignábamos.

Era nuestra manera de entrar con confianza, como si estuviéramos a punto de jugar un partido importante.

Y curiosamente... funcionaba.

Esas noches fueron algunas de las más divertidas de mi vida en Cusco.

Capítulo 6 — Cyrielle y Brooke

La primera mochilera con la que tuve un romance en Cusco se llamaba Cyrielle. La conocí gracias a un amigo en común: Matt, un escocés apasionado por las caminatas de montaña que trabajaba en la organización South American Explorers. Matt era de esas personas que siempre estaban planeando el próximo trek o descubriendo nuevos caminos en los Andes.

Un día estaba sentado en el restaurante donde trabajaba mi padre, en la Calle del Medio, tomando un mate de coca mientras conversaba con Matt sobre la posibilidad de hacer un trekking hacia Huchuy Qosqo.

Era una tarde tranquila en la Plaza de Armas. De pronto Matt apareció acompañado. Con él venía una chica. Una francesa del sur de Francia. Rubia, delgada, con ojos verdes y una cara muy linda.

Se llamaba Cyrielle.

Recuerdo perfectamente el momento en que la vi por primera vez. Hay personas que te llaman la atención inmediatamente, sin que tengas que pensar demasiado en por qué.

Cyrielle era de ellas.

Conversamos un rato los tres en la mesa, hablando de Cusco, de trekking, de viajes y de los lugares que ella quería conocer en Perú.

Antes de despedirnos reuní un poco de valor y le pedí su número de teléfono. Para mi suerte, me lo dio.

A los pocos días empezamos a salir. Una de nuestras primeras caminatas fue a Q'enqo, un sitio arqueológico muy cerca de la ciudad desde donde se puede ver Cusco desde arriba. Subimos caminando por los senderos mientras el sol empezaba a caer sobre la ciudad. Nos sentamos a ver el atardecer con unas cervezas, conversando y riéndonos como si nos conociéramos desde hace mucho más tiempo.

Viajar tiene ese efecto. Acelera las conexiones entre las personas.

Esa noche quedamos en vernos más tarde para salir a bailar en un hostel. La música estaba fuerte, el lugar lleno de mochileros y viajeros de todas partes del mundo.

Entre la música, las risas y el ambiente de fiesta... Llegó el momento. La besé por primera vez en medio de la pista de baile.

Con Cyrielle tuve un romance de aproximadamente un mes. Durante ese tiempo ella trabajó en Cusco ayudando a Matt en algunas actividades con viajeros y trekkers. No fue una historia larga.

Pero fue significativa.

Cyrielle fue la primera mochilera con la que tuve un romance desde que llegué a Cusco.

Y sin darme cuenta, esa pequeña historia marcaría el comienzo de muchas otras aventuras que vendrían después en esta ciudad donde el mundo entero parece cruzarse todos los días.

— Brooke

Después de varias experiencias con viajeras aventureras, me di cuenta de algo: muchas personas querían caminar por las montañas, pero no todos tenían tiempo para un trek de varios días. Muchos mochileros y viajeros solo tenían unos pocos días en Cusco. Fue entonces cuando conocí a Brooke, una chica americana de Texas.

Tenía la energía típica de los viajeros que buscan algo más que fotos para Instagram. Era curiosa, abierta y siempre preguntando por lugares fuera de la ruta turística. Nos conocimos de manera natural en Cusco. Terminamos conversando sobre caminatas, montañas y sitios poco conocidos.

Un día me dijo algo que se me quedó grabado:

—“I wish there was a good day hike around Cusco... something real, not just a tour.”

Ella quería una caminata auténtica. No un tour masivo lleno de buses y horarios rígidos. Quería naturaleza, historia y sentir que realmente exploraba los Andes.

Le propuse hacer una caminata diferente: nada de grandes grupos, nada de itinerarios rígidos, solo una aventura de un día, explorando lugares increíbles cerca de Cusco.

Ese día caminamos por senderos que los turistas casi nunca ven, cruzamos pequeñas comunidades andinas y pasamos por antiguas terrazas incas. Brooke estaba fascinada.

Cada cierto tiempo decía:

—“Why isn’t everyone doing this?”

Ahí comprendí algo importante.

Tal vez lo que para mí era normal —caminar por las montañas de Cusco— para muchos viajeros era exactamente lo que estaban buscando.

Al final del día, Brooke me dijo algo que cambiaría muchas cosas:

—“You should do this for people. Seriously. This is the best day I’ve had in Peru.”

Ese día fue el inicio de lo que después se convertiría en Cusco Day Hike, un proyecto que nacería de manera simple: caminando, explorando y compartiendo los Andes con personas de todo el mundo.

Capítulo 7 — El primer tour de Cusco Day Hike

La idea de hacer caminatas de un día alrededor de Cusco empezó casi como una broma. Después de la experiencia con Brooke, me di cuenta de algo muy simple: mucha gente venía a Cusco buscando naturaleza, caminatas y algo auténtico, pero no todos tenían el tiempo o las ganas de hacer un trekking de varios días.

Muchos viajeros estaban solo unos pocos días en la ciudad. Querían sentir la montaña, respirar aire puro, ver comunidades, caminar por caminos antiguos... pero regresar a dormir a su hotel en Cusco esa misma noche.

Ahí nació la idea. La llamé Cusco Day Hike.

No tenía oficina.

No tenía empresa formal.

No tenía página web.

Solo tenía algo más importante: conocía los caminos, conocía las montañas y tenía muchas ganas de crear algo diferente.

El primer tour llegó gracias al boca a boca entre viajeros. Un amigo le comentó a otro, y ese otro terminó escribiéndome para preguntar si era verdad que yo hacía caminatas especiales cerca de Cusco.

Esa noche casi no dormí.

No por el frío de la montaña como en el Lares Trek... sino por los nervios. Era mi primer tour. No sabía si todo iba a salir perfecto, pero sí sabía algo: iba a dar lo mejor de mí.

Quedamos temprano en la mañana en la Plaza de Armas de Cusco. Llegué antes que todos, con esa mezcla de emoción y responsabilidad que uno siente cuando algo nuevo empieza.

Cuando vi llegar a los primeros viajeros con sus mochilas, me di cuenta de algo importante: ya no estaba caminando solo por mí. Ahora estaba guiando a otros.

El camino comenzó saliendo de la ciudad hacia las montañas que rodean Cusco. Poco a poco dejamos atrás el ruido, el tráfico y el movimiento del centro histórico.

Como siempre pasa en las caminatas, al inicio la gente habla mucho. Después de una hora de caminar, el grupo empieza a entrar en silencio.

La montaña hace eso.

Te obliga a escuchar el viento, los pasos, la respiración... y un poco también a ti mismo.

Ese día todo fluyó. Caminamos por senderos que muy pocos turistas conocían, pasamos por pequeñas comunidades, saludamos

a niños que corrían entre llamas y ovejas, y vimos paisajes que parecían sacados de otro tiempo.

En algún momento del camino uno de los viajeros me dijo algo que nunca olvidé:

—“This is the best day we’ve had in Peru.”

En ese momento entendí que la idea funcionaba. No era solo una caminata. Era una experiencia.

Ese fue el primer tour de Cusco Day Hike, y sin saberlo en ese momento, también fue el inicio de una nueva etapa en mi vida.

Capítulo 8— Kris y Kiana

Después de que Brooke se fuera de Cusco para emprender el Pacific Crest Trail (PCT), una caminata de seis meses que recorre desde San Diego, California hasta Canadá, me quedé con un sentimiento de tristeza en Cusco.

Para distraerme y conocer nuevas personas, volví a abrir Tinder. Allí conocí a Kristina, o Kris, como le decimos. Una mujer que, sin imaginarlo, terminaría siendo la madre de mi hija.

Desde el primer momento todo fluyó naturalmente. Kris era incluso más bonita en persona que en las fotos, pero lo que más me llamó la atención fue su bondad, amabilidad y la forma en que hacía sentir bien a quienes la rodeaban.

Al igual que yo, trabajaba en turismo, pero en el área de ventas para una agencia local. Mientras yo guiaba caminatas, tours de stand up paddle y kayak, ella estaba en la oficina ayudando a viajeros a planificar sus aventuras.

Con Kris, el tiempo presente cobraba un significado distinto. Nos mudamos juntos y cada día era una combinación perfecta de nuestras rutinas: ella salía temprano a su trabajo de oficina, yo a mis guías y tours, y por la noche volvíamos a casa, compartiendo historias sobre lo que habíamos vivido durante el día.

Era una relación tranquila, sana y feliz. Una relación que me hizo sentir plenamente en el momento, conectado con alguien que compartía mi amor por Cusco, el turismo y la naturaleza.

Todo parecía perfecto hasta que llegó el año 2020 y con él los tiempos de COVID-19, que pondrían a prueba nuestras vidas y la forma en que experimentamos la ciudad, el trabajo y nuestras relaciones.

— Kiana (Nuestra hija)

Kris y yo estábamos viviendo un romance muy intenso cuando, sin saberlo, ella ya estaba embarazada. La noticia llegó justo en medio de los tiempos de COVID-19, una situación que nos mantuvo en cuarentena a nosotros y al mundo entero.

Durante esos días de confinamiento, entre la rutina y las noticias del mundo, recibimos la noticia que cambiaría nuestras vidas: íbamos a ser padres.

Recuerdo que la abracé y le dije:

—“Estamos juntos en esto.”

Fue un momento de miedo y emoción al mismo tiempo. Ser padres en medio de una pandemia era algo totalmente distinto, algo que nos llenaba de incertidumbre, pero también de alegría.

Cuando pasaron los tres primeros meses de embarazo y supimos que la llegada de Kiana era segura, decidimos contarles a nuestras familias. Fue un momento especial y también un poco aterrador.

En lo personal, me sentía dividido entre el miedo y la felicidad. Ser padre me enfrentaba a una responsabilidad que nunca antes había experimentado, pero también me llenaba de ilusión y motivación para vivir de manera más plena.

Antes de que Kiana naciera, a fines de 2020, Kris y yo tomamos una decisión importante: mudarnos al Valle Sagrado, exactamente a Huayllabamba. Elegimos este lugar por su tranquilidad, alejado del ruido de la ciudad de Cusco y del confinamiento del COVID. Queríamos un espacio donde pudiéramos prepararnos para la llegada de nuestra hija, rodeados de naturaleza, montañas y paz.

Ese fue el comienzo de una nueva etapa en nuestras vidas. Una etapa de amor, de espera y de construcción de una familia en medio de un mundo que estaba cambiando rápidamente, pero también lleno de oportunidades para conectar con lo que realmente importa: la vida, la naturaleza y el hogar que estábamos formando juntos.

Capítulo 9 — Burbuja de amor y Galán de noche

Cuando nació Kiana, también nacimos nosotros como padres. Así nos lo dijo nuestra partera, Ruro. Ese instante cambió nuestra vida para siempre. Nos convertimos en una familia, y su llegada marcó un antes y un después en mi vida.

Yo solo podía acompañar el momento mientras Kris, con una valentía descomunal, daba a luz de forma natural, sin epidural, a nuestra hija. Ruro estaba allí para guiarnos y acompañar el nacimiento, lo que me dio una tranquilidad enorme.

Recuerdo claramente ese instante final: Kris dijo, con voz agotada:

—“Ya no puedo más.”

Y Ruro, con calma y firmeza, le respondió:

—“Un empujón más y nace tu hija.”

Kris me contó después que ese último empujón lo sintió como un pececito que sale rapidísimo. En ese momento vi a Kiana, a nuestra hija, nacer. Y me emocioné hasta las lágrimas. No solo por verla a ella, sino porque en ese instante sentí a mi padre, a mi madre y a todos mis ancestros conmigo, en mi corazón.

Fue una alegría que me desbordaba. Quise compartirla con todo el mundo, pero al mismo tiempo, sabía que debía ser un momento privado e íntimo, solo nuestro. Fue perfecto. Un instante que jamás olvidaré.

Ese día comenzó nuestra vida como familia, y desde ese momento supe que la verdadera aventura no solo estaba en las montañas, sino en cada instante compartido con los que más amas.

-Galán de noche

El Galán de noche no era un hombre ni una persona, sino un arbusto.

Conocido por sus flores blancas que liberan un aroma particular solo durante las noches, ese aroma me acompañó durante mis días en Huayllabamba. En el jardín de nuestra casa, ese arbusto esparcía su fragancia única, recordándome que incluso en la oscuridad, la belleza y la calma pueden florecer.

Durante los dos primeros años de Kiana, vivimos una vida muy linda. A pesar de los tiempos del COVID-19, las enfermedades, la pérdida de seres queridos y la incertidumbre laboral, creamos nuestra propia burbuja de amor.

Una burbuja por la que estaré por siempre agradecido, no solo con Kris y Kiana, sino también con Dios y la Virgen María, que siento siempre a mi lado en los momentos más difíciles, tristes y solitarios.

Este libro no es de religión, pero sí habla de fe: la fe en la vida, en los caminos que se abren ante nosotros, y la gratitud por la protección y guía que sentimos.

No me limito solo al cristianismo; también reconozco las enseñanzas del budismo, que me enseñan que todo pasa por algo, que ningún copo de nieve cae en un lugar equivocado. Espero que estas páginas sirvan de ayuda a quienes las lean, que resuenen con su voz interior y les recuerden que, incluso en la oscuridad, siempre hay luz.

Capítulo 10 – Sarah, sarita de mi corazón

Era el año 2017. Jill acababa de partir a Estados Unidos, a Nueva York, y yo me sentía un poco perdido. No quería salir. Estaba algo melancólico.

Fue entonces que un día, casi por inercia, decidí ir a unas clases de salsa en Cusco. Esa salsa lessons, tan famosas en las discotecas, eran de 9 p.m. a 11 p.m. La verdad, no iba por aprender a bailar. Solo buscaba distraerme, salir un poco, conocer gente. Y ahí, en medio de esa pista iluminada, conocí a Sarah, una chica de Bélgica.

Ella bailaba con un chico local, alguien muy carismático, y aunque yo no sabía bailar, cuando me animé a acompañarla todo fluyó. Surgió una amistad muy bonita.

Al día siguiente, nos fuimos a la laguna de Piuray a hacer stand up paddle y le presenté a Kike, un amigo. Desde ese día, formamos un trío inseparable.

Kike, desde el primer momento, sintió una atracción fuerte por Sarah, pero yo la veía más como una amiga. Ella, en ese tiempo, estaba pasando por una ruptura amorosa.

Me contó que su viaje a Perú era un intento de despejarse, de ver si podía reconstruir su relación con su ex. Y, al final, así fue. Ese hombre se convirtió en el padre de sus hijas, y Sarah, tras seis meses en Perú, regresó a Bélgica y se casó con el amor de su vida.

Pero esos seis meses de Sarah en Cusco, junto a Kike y a mí, fueron mágicos. Viajamos juntos: fuimos a los baños termales de Lares, paseos en cuatrimoto, noches de fiesta, de beer pong, clases de salsa, recorrimos la cervecería del Valle, hicimos caminatas. Cada salida era un capítulo nuevo.

Sarah, Kike y yo, nos llamábamos los tres mosqueteros. Pasábamos todo el tiempo juntos, compartiendo aventuras, risas y una complicidad que, sin buscarlo, se convirtió en uno de esos lazos que jamás se olvidan. Y aunque el tiempo pasó, esa amistad se mantuvo viva.

En el año 2022, y mientras me preparaba para viajar a Europa a visitar a la familia de Kristina, quien es holandesa, supe que no podía dejar pasar la oportunidad de ver a Sarah. Ella había vuelto a Bélgica, y aunque habían pasado años, nuestra amistad se mantuvo intacta. Cuando la llamé, me dijo que por supuesto, que fuera a visitarla.

Así que, tras un corto trayecto desde los Países Bajos, llegué a Bélgica y ella me abrió las puertas de su hogar. Me paseó por las calles empedradas de Brujas, esos puentes encantados y canales que parecen sacados de un cuento. Cada rincón de la ciudad tenía algo mágico: las casas antiguas reflejándose en el agua, las bicicletas cruzando los puentes, el sonido suave de las campanas en la distancia.

Sarah me recibió con los brazos abiertos, junto a su esposo y su hija mayor. Durante ese viaje, en 2022, Kiana, mi hija, tuvo la oportunidad de conocer a la hija mayor de Sarah. Aunque eran pequeñas, conectaron enseguida. Jugaban juntas como si se conocieran de toda la vida.

Fue uno de esos momentos simples pero hermosos que uno guarda en el corazón. Con los años, en 2024, Sarah tuvo una segunda hija. Pero, sin importar las distancias ni el paso del tiempo, nuestra amistad se mantuvo. Una amistad que nació en Cusco, entre salsa, aventuras y paddle en una laguna andina, y que terminó extendiéndose hasta las calles medievales de Brujas. Un puente invisible entre dos vidas, dos países y dos familias que se cruzaron en el tiempo.

Capítulo 11 - Jackie y Tunca.

Jackie apareció en mi vida en 2017, como un destello de elegancia y precisión. Era imposible no notarlo: siempre impecable, con un estilo refinado, cada prenda pensada al detalle. Como productor y fotógrafo, Jackie tenía un ojo inigualable: cada toma era milimétricamente cuidada, cada luz, cada ángulo.

Pero más allá de su perfeccionismo, había una sensibilidad única: se conectaba con las comunidades andinas, escuchaba sus historias, se preocupaba por el medio ambiente. Al mirarlo a los ojos, sentías que había vivido mucho, que cada experiencia lo había llevado a ser ese hombre cálido, intrigante y, sobre todo, sensible y buena persona.

Después de aquel viaje al Manu, las caminatas por Cusco se hicieron parte de nuestra rutina. Jackie y yo recorríamos los andenes de Inkilltambo, y también bajábamos al valle, a Pisac, a visitar a Tunca, y en cada paso, él me contaba cómo vivió en Nueva York. Con cada foto, Jackie me fue guiando, asesorándome en cómo sacar una mejor imagen, cómo editarla. Poco a poco, su casa en Pisac se convirtió en un refugio, donde cada detalle, cada instante, me hacía sentir parte de su familia.

Recuerdo que, en la Navidad del 2024, yo había firmado el permiso notarial para que Kiana se fuera a Holanda con Kristina, a visitar a los padres de ella.

Entonces, yo estaba en Pisac solo, en una Navidad en la que necesitaba sentirme en familia. Jackie me invitó a su casa, y junto a Tunca, su esposa turca, me recibieron como uno más. Estaba la hija de Jackie, amigas de ella, y pasamos una Navidad muy bonita, entre amigos, entre familia, que fue como un verdadero hogar.

Desde entonces, Jackie no solo fue un mentor, un productor, fue esa persona que siempre me tuvo en cuenta, que, cuando yo más lo necesitaba, me hizo sentir que pertenecía, a él y a Tunca que los considero mi familia.

Un día Jackie nos citó en la Plaza de Armas a las 6:30 a.m., justo cuando el sol empezaba a asomarse en el horizonte del solsticio. Las calles empedradas de Cusco brillaban con una luz dorada.

Ahí estaba Dana, una profesora de yoga de Estados Unidos, con su serena presencia; y también una chica francesa, una bailarina de ojos azules, cuyos gestos llenaban de magia cada paso. Además de ellos, estaba Jackie, claro, y un guía chileno, experto en senderismo, con quien sentíamos que cada ruta se convertía en una aventura compartida. Ese día, después del amanecer, nos lanzamos a un Photoshoot por las calles de Cusco, capturando la magia entre las piedras de los doce ángulos. Luego, nos adentramos al Valle Sagrado rumbo a Huchuy Qosqo.

Cada paso en ese sendero entre montañas era un descubrimiento: el aire se hacía más fresco, las risas se mezclaban con el viento, y el paisaje parecía sacado de un sueño.

Al caer la tarde, bajamos a Lamay, un pequeño pueblo en el Valle, donde nos sentamos a brindar. Las cervezas chispeaban entre nuestras risas, las estrellas comenzaban a asomarse en el cielo, y alrededor de la fogata entendí que esos momentos compartidos eran los verdaderos regalos del viaje.

Mientras las estrellas comenzaban a brillar sobre Lamay, entre risas y vasos de cerveza, Jackie me miró con una sonrisa y dijo:

-Tú eres hijo de Dani, ¿verdad?

-Asentí, un poco sorprendido.

Entonces me contó que cuando tenían 20 años Lima era pequeña y cerrada. Las personas se conocían entre sí. Jackie, con su peinado punk, y mi papá, siempre buena onda, compartieron olas y aventuras. Aunque luego Jackie se fue a Nueva York y mi papá siguió su camino en Perú, nunca se perdieron de vista.

Y esa amistad, a pesar del tiempo y la distancia, se quedó siempre. Ahora, aquí en Cusco, Jackie se convirtió en mi segundo padre. Un compañero que, como las olas del pasado, siempre me acompaña en cada paso.

-Tunca

Tunca es la esposa de Jackie. Vive en Pisac, un lugar que, con el tiempo, se convirtió en un refugio para mí. Tunca es una mujer turca que, después de muchos años, hizo de Pisac su hogar. Y aunque su vida es un puente entre culturas, su energía es totalmente universal.

Recuerdo una ceremonia de sanación que hice con ella. Fue una experiencia muy profunda. A través de su guía, pude conectar con mi niño interno, sentir una paz que hacía mucho no experimentaba. Tunca lleva años trabajando con ayahuasca y otras ceremonias. No solo acompaña procesos de sanación, sino que también organiza tours, llevando a personas de todo el mundo a conectar con Cusco.

Ella y Jackie forman una familia increíble. Kaya, su hija, es una niña hermosa. Siempre que la veo, me recuerda a mi propia hija, y a Kaya la veo como una hermanita menor, hay una mezcla perfecta de culturas en su casa. Tunca es una mujer multifacética: le encanta el muay thai, practica yoga, sale a montar bicicleta, y de vez en cuando es DJ, con cigarro en mano y con un café turco.

Sin duda, es un pilar para Jackie. Son una pareja que transmite una armonía especial, y verlos juntos siempre me llena de gratitud.

Cada vez que pienso en Tunca, pienso en Jackie. Cada vez que pienso en Jackie, los veo a ambos como una sola unidad. Son una familia. Y saber que su amor y su dedicación a la vida en Pisac son tan fuertes me hace sentir mucho más enraizado en este camino.

Capítulo 12 – Mi madre y mi abuelo Wenceslao

Mi abuelo Wenceslao es mi tocayo. Cuando yo nací, mi padre quiso honrar al padre de mi madre, mi abuelo materno, y decidió ponerme su nombre como segundo nombre. Así fue como terminé llamándome Gonzalo Wenceslao.

Durante la época del colegio no me gustaba mucho ese nombre. Era raro, poco común en Perú. De hecho, casi nadie se llama Wenceslao, así que muchas veces me molestaban por tener un nombre tan extraño. En ese momento me incomodaba.

Hoy, en cambio, lo llevo con orgullo.

Tal vez nunca fue un nombre que yo hubiera elegido, pero con el tiempo entendí lo que representa. Mi abuelo hizo muchas cosas positivas para que nuestra familia pudiera prosperar y salir adelante. Llevar su nombre es también llevar una parte de su historia.

Cada domingo mi madre nos llevaba a su casa. Era casi una tradición familiar. Nos reuníamos para compartir el famoso “desayuno del Tata”, como siempre le hemos llamado a mi abuelo.

Esos desayunos eran memorables. Nos sentábamos todos alrededor de una mesa larga: hijos, nietos y familia en general. Más que un simple desayuno, era un verdadero festín. Había frutas, pan fresco, jamones, quesos... todo lo que un buen desayuno debía tener. Pero más allá de la comida, lo importante era el momento.

Mi abuelo además era un gran fanático del tenis, un deporte que me inculcó desde pequeño y que hasta el día de hoy despierta en mí una gran pasión y admiración.

Mi madre, por otro lado, siempre fue una “mamá gallina”, muy protectora con sus hijos. Quizás muchas veces más preocupada de la cuenta. Era una mamá nerviosa, siempre pensando que algo malo podía suceder.

“No cruces la pista solo”, me decía.

“No camines por la calle de noche, te pueden robar”.

Y así una larga lista de advertencias que, en ese momento, yo sentía exageradas. Hoy la entiendo. Ahora que soy padre, la entiendo mucho más.

Con los años uno descubre que heredamos muchas cosas de nuestros padres. En sus genes hay una infinidad de comportamientos que llevamos en el ADN y que muchas veces terminamos repitiendo sin darnos cuenta. Mi mamá, además de nerviosa, ha sido una gran madre.

Siempre ha estado a nuestro lado, en los buenos momentos y también en los difíciles. Lo sé muy bien, y se lo agradezco profundamente. Mis hermanos también lo saben. Ella fue mamá muy joven. Apenas al cumplir la mayoría de edad ya tenía sobre sus hombros una responsabilidad enorme.

Eso hizo que una parte de su inocencia desapareciera demasiado pronto. Pero curiosamente, algo de esa inocencia todavía vive en ella. Mi madre tiene un espíritu muy jovial y se mantiene muy bien con el paso de los años.

Y creo que parte de esa energía viene justamente de algo que nunca perdió: su forma de mirar la vida.

Capítulo 13– Mi padre y la escritura

Mi padre no solo fue un padre amoroso y protector.

Desde muy temprana edad me llevó al mundo del deporte. Me dio estructura y enseñó disciplina, pero también a disfrutar la vida y a mirarla con optimismo. Su infancia no fue fácil. Cuando tenía apenas ocho años perdió a su padre. De pronto se encontró creciendo en una familia de ocho hermanos donde todos tenían que arreglárselas como podían para salir adelante.

Esa infancia dura, pero profundamente real, lo volvió competitivo. Lo obligó a enfrentar sus miedos desde muy temprano. De alguna manera, la vida lo puso en una situación donde debía aprender a defenderse.

Él era el menor de todos. Sus hermanos mayores lo metieron en el mundo del boxeo. Quizás por eso hoy es un gran fanático de las artes marciales mixtas y, en su momento, también fue admirador de Mike Tyson.

Pelear, en ese contexto, no era solo un deporte. Era una forma de aprender a sobrevivir. Era el llamado de la vida misma: aprender a luchar para seguir adelante.

Mi padre también tiene un lado vulnerable que a veces le cuesta reconocer. Como todos los seres humanos, también tiene miedos. Pero es una persona sensible, alguien que puede leerte en segundos cuando algo no anda bien.

Siento que, de alguna manera, mis ganas de escribir y de redactar lo que he vivido han sido heredadas.

Mi padre es un muy buen escritor. Quizás de esas pocas personas cuyos textos lees y te atrapan desde las primeras líneas. Tiene la capacidad de tomar temas cotidianos y transformarlos en historias que fluyen con naturalidad.

Cuando escribe, lo hace con una sencillez que parece fácil, pero que en realidad es un talento raro. Plasma sus palabras de tal manera que uno se queda pegado al texto. Mientras lo lees, empiezas a imaginar cada escena. Es como si volaras con él por su propio camino y creo que solo los buenos escritores logran eso.

Sinceramente, él tiene un don.

He leído varios de sus textos. A veces suele publicarlos en Instagram acompañados de una foto. Pero lo interesante no es la imagen, sino la vida que logra darle al personaje que describe. Cuando lo lees, es como si vieras al niño del que habla, como si estuvieras caminando a su lado dentro de la historia.

Su forma de narrar hace que la imaginación se active sola. He tenido la suerte de leer algunos textos que me marcaron mucho, pero hay dos que siempre recuerdo.

Uno habla de su propio padre, mi abuelo, y del momento en que recibió la noticia de su muerte. Él era apenas un niño cuando ocurrió. En el relato cuenta que estaba comiendo dulces, concentrado en ese pequeño mundo infantil donde todo parece simple, cuando de pronto llegó la noticia que cambiaría su vida para siempre. Ese contraste entre la inocencia de la infancia y la dureza de la realidad es algo que nunca olvidé de esa historia.

El otro texto habla de su hermano Miguel, mi tío. Yo lo quería mucho.

En ese relato mi padre cuenta varias anécdotas de los dos cuando eran jóvenes. Se siente en cada línea esa complicidad de hermanos que solo se construye con los años. Me gusta mucho cómo describe esa relación, porque habla de algo muy valioso: la suerte que tuvieron ambos de tenerse el uno al otro en sus vidas. Lamentablemente, mi tío Miguel falleció durante los años de la pandemia.

Si algo siempre recordaré de él es su increíble sentido del humor y su frase favorita “Soy una Bassssssuura” y por supuesto su pasión por el fútbol, por sus hijos y por su familia.

En sus últimos años de vida sacó a relucir una faceta que pocos conocían: la de cantante. Descubrió en el karaoke una nueva pasión. Cantaba covers de grandes canciones de los años 80 y 90, con una alegría contagiosa. Era una de esas personas que llenaban el lugar donde estaban.

Y cada vez que lo recuerdo, inevitablemente sonrío.

Capítulo 14 – Basic English

Cuando llegué a la ciudad, me di cuenta rápidamente de algo: el turismo lo movía todo. Las calles estaban llenas de viajeros de todas partes del mundo —americanos, europeos, australianos, franceses, alemanes— todos buscando aventura, historia, montañas... y también diversión. Ahí fue cuando entendí que el inglés que mi madre tanto insistió en que aprendiéramos no solo me iba a servir para trabajar en turismo. También me iba a servir para socializar.

O, siendo más honesto... para brichear.

No era necesario hablar un inglés perfecto. De hecho, muchos de nosotros manejábamos algo que yo llamo “inglés de supervivencia”. Un inglés simple, directo, mezclado con español, gestos y muchas risas.

El clásico:

“Where are you from?”

“How long are you in Cusco?”

“First time in Peru?”

Tres preguntas básicas que abrían conversaciones interminables.

En los hostels, bares y fiestas de Cusco, esas frases eran prácticamente el abecé del brichero. Con eso empezaba todo. Después venían las historias de viaje, las recomendaciones de lugares para visitar y, si la conversación fluía bien, tal vez una cerveza más... o una aventura más.

A veces me reía pensando que mi madre nunca imaginó que todas esas clases de inglés terminarían siendo parte de mis herramientas para navegar la vida social de una ciudad llena de mochileros y viajeros. Pero así es Cusco.

Una ciudad donde cada noche puedes conocer a alguien nuevo, escuchar historias de otro continente... y donde, con un poco de inglés, una sonrisa y algo de actitud, cualquier conversación puede convertirse en el comienzo de una historia.

Gracias, mamá por insistir que aprendamos inglés.

“Yo hueveo.”

“Tú hueveas.”

“Nosotros hueveamos.”

“Ellos huevean.”

Recuerdo perfectamente esa conversación porque fue una escena tan absurda como divertida.

Estábamos sentados en una mesa del restaurante de mi padre en Calle del Medio, en plena Plaza de Armas de Cusco. Era el año 2016 y yo acababa de llegar a la ciudad hacía muy poco tiempo.

Aún estaba en esa etapa de adaptación, descubriendo lo que Cusco tenía para ofrecerme.

Aquella noche habíamos conocido a dos chicas americanas. No recuerdo exactamente cómo empezó la conversación —algo muy común en Cusco—, pero de alguna forma terminamos sentados en la misma mesa, compartiendo cervezas y riéndonos.

Ellas la estaban pasando muy bien con nosotros, y parte del intercambio cultural era justamente eso: enseñarles a hablar como un peruano más.

Y si vas a aprender español peruano, hay una palabra que no puede faltar.

El verbo huevear.

Pero antes de llegar a esa clase improvisada de gramática peruana, ocurrió algo que desató todo.

Cuando llegó el momento de pedir la cuenta, quise decirle al mozo que íbamos a pagar en efectivo.

Pero en lugar de decir cash o simplemente cash payment, mi cerebro mezcló todo el inglés que recordaba del colegio y solté con total seguridad:

“We pay... ineffective.”

Hubo un silencio de dos segundos.

Las dos americanas me miraron.

Luego se miraron entre ellas.

Y después empezaron a reírse.

Yo también me empecé a reír, aunque en ese momento todavía no entendía exactamente qué había dicho mal.

Una de ellas, todavía riéndose, me explicó:

“Ineffective... means something that doesn't work well.”

Es decir, algo que no es efectivo, algo que no funciona.

Nada que ver con pagar la cuenta.

Mucho menos con pagar en efectivo.

Mi inglés en ese momento daba pena. Acababa de llegar a Cusco y no practicaba el idioma desde el colegio, así que ya te puedes imaginar el nivel.

Entre la risa, el roche y las bromas sobre mi nuevo método de pago “inefectivo”, salió una frase muy peruana que yo dije casi sin pensar:

“¡No me hueveen!”

Las americanas se quedaron intrigadas.

“What does that mean?”

Y ahí empezó la clase.

Les expliqué que en Perú “no me huevees” puede significar algo parecido a:

Don't mess with me.

O también:

Don't joke with me.

Pero como pasa con muchas palabras del slang peruano, el significado depende del contexto.

Entonces empezamos la conjugación oficial del verbo más importante de la noche.

“Yo hueveo.”

“Tú hueveas.”

“Nosotros hueveamos.”

“Ellos huevean.”

Las chicas repetían cada frase con un acento gringo que hacía todo aún más gracioso.

“Yo... huay-veo.”

“Tú... huay-veas.”

Mi padre, que estaba sentado con nosotros en la mesa, no podía parar de reírse.

Era una escena muy cusqueña: turistas aprendiendo jerga peruana en medio de la Plaza de Armas, cerveza sobre la mesa, risas y una palabra que ningún profesor de español en el mundo enseñaría en una clase formal.

Pero así es Cusco.

Aquí la cultura no solo se comparte en museos o en las montañas.

También se comparte en una mesa, entre amigos nuevos, en medio de una carcajada.

Y todo puede empezar por un simple error en inglés.

O por intentar pagar una cuenta... “inefective”.

Capítulo 15- El Pajarraco y Shawn

Vaya personaje. Si alguien podía llevarte directo a la risa, era él: mi amigo el Pajarraco.

Totalmente extrovertido, pelo largo, facciones incaicas y una personalidad que muchos admiraban. Alex era de esos tipos que no pensaban demasiado las cosas: veía a una gringa en la pista, iba de frente y la sacaba a bailar. Sin roche, sin miedo. Él era él, en su estado más puro y natural. Y eso lo hacía un cague de risa.

Lo más curioso es que no necesitaba alcohol para agarrar valentía. Mientras todos tomábamos chelas, él solo tomaba agua... pero parecía que se hubiera bajado todas las cervezas del bar. Así de loco era mi causa. Fotógrafo de profesión y guía por ratos, Alex era una mezcla rara de talentos. Podía estar guiando una caminata en la montaña, y al día siguiente enseñando yoga. Otro día lo veías tomando fotos profesionales, y al mismo tiempo volando un dron para grabar paisajes.

¿Me entiendes?

Era un pata multifacético. No solo a nivel profesional, sino también a nivel personal. Encontrarte con Alex por las calles de Cusco era como cruzarte con un tren que iba a mil por hora. Siempre tenía mil ideas, mil proyectos, mil planes. Todo rápido... pero al mismo tiempo con esa calma medio hippie que tenía.

Nos hicimos muy amigos en la época en que yo también vivía en la ciudad de Cusco. Él guiaba tours de stand up paddle, igual que yo.

También hacía caminatas, y de vez en cuando grababa videos promocionales para Calle del Medio, el restaurante donde trabajaba mi papá. De hecho, Alex también se volvió muy amigo de mi viejo.

Tanto así que un día terminamos organizando un viaje grande con varios amigos rumbo al Lago Titicaca, en Puno. Aquél viaje se convertiría en uno de los más épicos que recuerdo de toda mi etapa viviendo en Cusco. Porque lo que pasó ahí...

Fue una locura total...

-Shawn

A Shawn lo conocí en Cusco apenas llegué. Fue una de esas primeras personas con las que empecé a conectar por el año 2016, aunque nuestra amistad realmente empezó a crecer con fuerza entre el 2017 y, sobre todo, el 2018.

Era una de esas épocas en las que mi vida parecía moverse rápido, llena de gente nueva, idiomas distintos y noches de fiesta que muchas veces terminaban cuando el sol ya estaba saliendo sobre los tejados incas de la ciudad.

Shawn era estadounidense. Alto, relajado, con esa actitud tranquila que tienen muchos viajeros que ya han recorrido bastante mundo. No era de esos turistas que vienen a Cusco solamente a tachar Machu Picchu de una lista y desaparecer. Él tenía otra energía. Observaba, escuchaba, se quedaba. De hecho, Shawn también decidió vivir en Cusco, igual que yo. Tiene un negocio hotelero en la ciudad, pero nuestra amistad empezó de una forma mucho más simple.

Cada mañana yo iba al café Qura, un lugar al que me gustaba ir para desayunar algo rico... y, por qué no, también para ver si conocía alguna chica interesante.

El hotel de Shawn quedaba justo al frente del café, y él solía pasar por ahí a tomar algo antes de empezar su día. Muchas veces venía a desayunar rápido antes de irse a escalar. Porque si hay algo que define a Shawn es su pasión por la escalada en roca. Es una de las personas físicamente más fuertes que conozco.

Puede tranquilamente escalar durante horas, luego salir a montar bicicleta y terminar el día con una caminata larga. Y al día siguiente repetir todo otra vez como si nada. Pero más allá de su lado deportista, lo que realmente me conectó con Shawn fueron nuestras conversaciones. Recuerdo muchas tardes en su casa en San Blas. Poníamos música tranquila, muchas veces de este artista francés que nos gustaba mucho, FKJ —French Kiwi Juice—, y simplemente nos sentábamos a conversar.

Hablábamos de todo: nuestras vidas, el trabajo, las relaciones con mujeres, el deporte, la forma en que cada uno veía el mundo, incluso filosofía de vida. Esas conversaciones tenían algo especial. Eran simples, honestas, sin pretensiones. Si algo destaca de Shawn es su sencillez y su humildad. Es una muy buena persona, muy amable. Cuando lo miras a los ojos puedes ver esa calma y esa bondad que no siempre es fácil encontrar.

En una ciudad como Cusco, donde conoces a miles de viajeros que van y vienen, hay pocas amistades que realmente permanecen.

Shawn es una de esas. Y hasta el día de hoy lo considero uno de esos amigos que guardo con mucho cariño y agradecimiento a la vida.

Capítulo 16 – Titicaca, Ausangate y Vanessa

Era el año 2017, y aquel viaje con los mejores amigos de Cusco al lago Titicaca quedó grabado en mi memoria para siempre. Íbamos en dos canoas polinesias, atravesando el lago de isla en isla. Cuando llegamos a Llachón, su playa era un paraíso: la arena dorada, las aguas tranquilas, y esa noche, bajo un cielo despejado, vimos la luna llena elevarse en todo su esplendor. Al día siguiente, nos dirigimos a Taquile, otra isla de belleza indescriptible. Sin embargo, en medio de esa magia, un grupo decidió separarse. Shawn, Claire y Pajaraco cruzaron hacia el otro lado de la isla, para ver el partido entre Perú y Argentina en la Bombonera en una casa que tenía TV. Habíamos consumido hongos, y esa mezcla de efectos nos sumió en una euforia desbordante. Yo me quedé con mi papá y el Mono, observando cómo la tarde cambiaba. Seguíamos bajo los efectos, pero entre las risas y la desorientación, contemplamos el atardecer. Y, al otro lado del lago, la luna se elevó, la más grande y brillante que jamás había visto. Fue un momento de libertad absoluta.

Recuerdo que, durante el día, quise levantarme de la arena, para ir a almorzar, pero simplemente no podía. Mi carpa era mi refugio; allí me sentía seguro. Me arrastré por la arena, intentando llegar al lugar donde habían preparado el almuerzo, pero a medio camino sentí que no podía más. Di media vuelta y regresé a mi carpa. Ya de noche, con el cielo despejado y la luna llena, me quedé dormido al lado de la fogata. Fue entonces cuando Pajaraco llegó, me metió una patada, tiró arena y me gritó: ‘Anda a tu carpa, huevón, acá afuera te vas a congelar’. Y así, en medio de la noche, busqué ese pequeño refugio que me devolvió un poco de seguridad.

-Ausangate Trek

Era el año 2017, y ese viaje al Ausangate con mi papá, el Mono, Cali y un grupo de canadienses, entre hombres y mujeres, quedó grabado en mi memoria para siempre. Empezamos el trek en el pequeño pueblo de Tinki, un punto de partida humilde, pero cargado de energía. Desde allí, cada paso nos acercaba a uno de los paisajes más impresionantes de Cusco. La primera noche, hicimos una fogata. Las estrellas cubrían el cielo; nunca había visto la Vía Láctea tan nítida.

Fue un momento mágico. Miraba alrededor, miraba las montañas, y sentía una conexión profunda, como si estuviera directamente en contacto con Dios. Dije en silencio: “Gracias, gracias por este cielo, por esta noche, por estos amigos, por esta libertad”. Pero, como siempre, el frío también hacía sus travesuras. Mi papá, intentando calentarse, puso los pies demasiado cerca de la fogata. El Mono le gritaba: “Te vas a quemar las medias, huevón”. Pero él, entre el vino y la risa, no hizo caso. Y al día siguiente, cuando se despertó, su media estaba derretida en el talón, un agujero exacto donde había puesto el pie.

Al día siguiente, comenzamos la caminata. Era un trek exigente, seis horas diarias, ascendiendo entre lagunas y llanuras, rodeados de alpacas y llamas. El Ausangate es, sin duda, uno de los trekkings más hermosos de Cusco. La montaña, el nevado más grande de la región, se alza majestuoso, cubierto de blanco, imponente.

Una escena que nunca olvidaré fue cuando caminaba al lado del Mono; él iba en un caballo. En medio de la neblina, se abrió una bifurcación en el camino. Yo tomé a la izquierda, él a la derecha. Él insistía: “Es por acá, huevón”, y yo le respondía: “No, es por acá”. Nos separamos, y nunca más nos vimos esa tarde. Yo llegué al campamento, pero el Mono no aparecía. Pasaron las horas, y recién supe que la mula lo había llevado a un desvío sin salida, al borde de un precipicio. Tuvo que hacer fuerza, tirar de la mula, y así logró regresar al camino. Afortunadamente, esa noche, todos

llegamos sanos y salvos al campamento. Y cuando lo hicimos, lo celebramos bajo las estrellas, sabiendo que habíamos superado uno de los trekkings más hermosos, pero también más desafiantes de mi vida.

Ausangate Trek seguía regalándonos momentos que parecían sacados de otro mundo. Caminábamos durante horas entre montañas gigantes, lagunas de colores impresionantes y manadas de alpacas que cruzaban los caminos con total tranquilidad. El frío era intenso, el aire delgado, pero la energía del grupo hacía que todo valiera la pena.

-Vanessa

Entre el grupo de canadienses que venían con nosotros había una chica que me llamó la atención desde el inicio. Se llamaba Vanessa.

Vanessa tenía esa mezcla de energía tranquila y curiosidad constante que muchas veces encuentro en los viajeros. Le fascinaba el paisaje andino. Cada vez que parábamos a descansar, simplemente se quedaba mirando las montañas en silencio, como intentando absorber cada detalle.

Una de las tardes, cuando llegamos al campamento, empezamos a jugar cartas con el grupo. A mí, la verdad, no me interesaba demasiado el juego. Incluso a veces la dejaba ganar. Lo que realmente quería era compartir con ella, reírme con ella, sentir esa complicidad que a veces aparece de manera natural cuando dos personas conectan. Y en el fondo también tenía otra idea en la cabeza: cuando terminara el trek, quería salir con ella.

Curiosamente, el último día del Ausangate yo tuve que regresar a Cusco un poco antes que el resto del grupo. Cyrielle, la chica francesa de la que hablo en el primer libro, estaba por regresar a Francia y quería despedirme de ella. Tuvimos una despedida muy bonita, llena de cariño y de romance. Fue uno de esos momentos en los que entiendes que algunas personas aparecen en tu vida por un tiempo corto, pero dejan una huella grande.

Pero yo sabía algo más.

Sabía que esa misma noche, después de dejar a Cyrielle en el aeropuerto, iría directo a Calle del Medio, donde el grupo del Ausangate se estaba reuniendo para celebrar. Habíamos terminado uno de los trekkings más duros y más hermosos de Cusco, y había que celebrarlo como se debía. Y ahí estaba Vanessa.

La fiesta fue divertida, llena de risas, historias del trek y ese sentimiento de triunfo que queda después de varios días caminando en las montañas. En algún momento de la noche terminamos besándonos.

Al día siguiente Vanessa tenía un tour de bicicletas por el Valle Sagrado, pero me dijo algo antes de irse:

—En la noche nos vemos.

Yo estaba más que entusiasmado. Vanessa era alta, rubia, de ojos azules... ya te puedes imaginar. ¿Cómo no entusiasmarse?

Esa noche nos encontramos en la Plaza de Armas de Cusco. Caminamos un rato y luego fuimos a tomar una copa de vino. La conversación fluía fácil, como si nos conociéramos desde hace mucho más tiempo. Esa noche terminamos compartiendo algo más que una conversación.

Fue una noche inolvidable. Al día siguiente nos despedimos con un poco de nostalgia, pero también con gratitud. Habíamos coincidido en el camino, en una de las montañas más increíbles del mundo, y habíamos compartido un pequeño capítulo de nuestras vidas.

Y a veces, eso es exactamente lo que hace que viajar sea tan especial.

Capítulo 17 -Daphne, la francesa

Después del Ausangate Trek y del viaje al Titicaca, me fui a Lima por un mes. Quería estar con mi mamá, ver a la familia, recargar energías. Pero después de ese mes, volví a Cusco en noviembre de 2017. Cusco siempre me espera, siempre me llama.

En noviembre, mientras paseaba por los cafés de la ciudad, uno de mis rituales matutinos, conocí a una chica francesa. Se llamaba Daphne.

Ella estaba sentada en una mesa pequeña, con un café y una libreta. Yo, como siempre, buscaba un buen desayuno y, por qué no, la oportunidad de charlar. Empezamos a conversar de manera natural: le conté de Cusco, de mis paseos, de los lugares que había conocido. Ella, con esa curiosidad tranquila de los viajeros, me habló de su viaje, de París, de las montañas de los Alpes que extrañaba.

Le propuse dar una caminata. Fuimos al mercado de San Pedro, lleno de colores, aromas, artesanías. Después subimos al barrio de San Cristóbal. Y cuando estábamos ahí, entre las calles empedradas, nuestras manos se encontraron. Fue un gesto simple, pero en ese momento sentí una conexión. Me recordó a Cyrielle, y supe cuando nos besamos que ese beso tenía un peso especial.

Después de pasar el día juntos, caminamos hasta mi casa. Y, como suele pasar, las chicas que viajan tienen un alma libre, una mente abierta, y esa tarde la pasamos bien los dos.

Más tarde, ya de noche, salimos de nuevo. Nos dirigimos a un bar a ver un partido crucial: Perú contra Nueva Zelanda. Era un partido

histórico, el momento en que Perú podía clasificar al Mundial después de 32 años. Recuerdo cada segundo: Jefferson Farfán metió el primer gol, y después Christian Ramos hizo el segundo. La euforia explotó. Salimos corriendo con Daphne a la Plaza de Armas. Era una locura. Cusco entera se llenó de gente llorando de felicidad. Nunca había visto la Plaza así. Fue una explosión de alegría, de orgullo, de un país que después de tanto tiempo al fin volvía a un Mundial.

– Lauren, la americana

Era el inicio del año 2019. Recuerdo que Brooke se acababa de ir a fines del 2018, y yo estaba nuevamente en esa etapa en la que Cusco vuelve a sorprenderte con nuevas personas y nuevas historias. A Lauren la conocí en una clase de yoga, exactamente en Exhala, uno de los mejores estudios de yoga de Cusco, ubicado dentro del hotel Antigua Casona de San Blas. Yo había empezado a ir a esas clases para estirar el cuerpo después de tantas caminatas y trekkings.

Lauren era una chica muy linda: ojos claros, pelo castaño y una personalidad muy tranquila. Tenía algo especial, una energía buena y noble. Después de algunas clases empezamos a conversar. Al inicio eran charlas cortas después del yoga: comentarios sobre la clase, sobre Cusco, sobre el viaje. Hasta que un día decidimos quedar para comer algo juntos. Nos fuimos a comer y la conversación empezó a fluir de manera muy natural. Lauren me contó que trabajaba como enfermera en Estados Unidos y que había decidido tomarse un tiempo para viajar. Me dijo también que se iba a quedar todo marzo en Cusco.

Y bueno... marzo es un mes largo.

Empezamos a salir varias veces. Quizás más que unas cuantas veces. Caminatas por la ciudad, cafés, bares y esas conversaciones largas que suelen aparecer cuando dos personas se están conociendo. Un día me presentó a sus amigas. Ese día habíamos hecho juntos el hike de Inkiltambo, uno de esos lugares cerca de Cusco que muy pocos turistas conocen. Después de la caminata fuimos todos a La Bo'M, una crepería francesa bastante conocida en la ciudad.

Entre vinos, cervezas y buena comida nos matamos de la risa con sus amigas. Después también las llevé a Calle del Medio, que como siempre terminaba siendo el punto de encuentro para cerrar la noche. Con Lauren tuve un romance de aproximadamente un mes. No fue una historia larga, pero sí una historia bonita.

La recuerdo con mucho cariño porque fue una de las primeras chicas con las que experimenté lo que luego se convertiría en Cusco Day Hike, algo que también había empezado a surgir con Brooke, otra chica americana que apareció en mi vida tiempo atrás.

Lauren, de alguna manera, me ayudó en esos primeros pasos del proyecto. Caminó conmigo, exploró rutas conmigo y fue parte de esos inicios donde todo todavía era una idea que estaba tomando forma. Por eso siempre le estaré agradecido.

Porque a veces las personas aparecen en tu vida solo por un momento... pero dejan algo que termina creciendo mucho más de lo que uno imaginaba.

Cápítulo18 -SAN FRANCISCO Y Basia

Nunca imaginé que la historia de BRICHERO, que había comenzado entre las montañas del Cusco, terminaría llevándome hasta San Francisco, California.

Una ciudad completamente distinta a todo lo que había conocido.

Si Cusco era historia, piedra y montaña, San Francisco era neblina, puentes gigantes y calles que subían y bajaban como montañas de cemento.

Recuerdo perfectamente la primera vez que vi el Golden Gate Bridge.

Ese puente rojo, envuelto en la famosa neblina del Pacífico, parecía sacado de una película.

Y en cierto modo, así se sentía todo.

San Francisco es una ciudad donde cada persona parece estar escribiendo su propia historia: programadores, artistas, emprendedores, hippies modernos, viajeros, soñadores.

Una ciudad donde todo parece posible.

Era el año 2016, y yo acababa de llegar a Cusco cuando conocí a Jill.

Conocerla cambió muchas cosas en mi vida.

Me enamoré de ella.

Creo que, después de Valentina, Jill fue mi segundo gran amor.

Y por ella estaba dispuesto a intentarlo todo.

Jill tenía un amigo que trabajaba en California y habló con él para ver si yo podía ir a trabajar junto con ellos.

El amigo aceptó.

Además, Jill me decía que allá podía ganar buen dinero.

Pero la verdad es que, más que el dinero, lo que yo quería era estar con ella.

Así fue como terminé viajando a San Francisco.

Sin embargo, después de un mes viviendo allí, empecé a extrañar Cusco.

No lograba ver un futuro claro en lo que estaba haciendo. Había algo dentro de mí que me decía que ese no era mi lugar.

Un día tomé una decisión.

Decidí volver al Perú.

Cuando regresé, me quedé un mes en Lima, extrañando a Jill... y también extrañando California.

Pero había algo que tenía aún más fuerza dentro de mí.

Yo no quería quedarme en Lima.

Yo quería volver a Cusco, donde todo había comenzado.

Y así fue.

Regresé a la ciudad que ya sentía como mi hogar.

Porque en Cusco, la vida siempre tiene una manera curiosa de sorprenderte.

Los romances aparecen cuando uno menos lo espera.

Fue así como conocí a Basia, una chica de Polonia, cuya historia contaré en el siguiente capítulo.

-Basia

Cusco tiene una forma peculiar de llevarte a lugares inesperados. Una noche, cuando no quería salir de casa, estaba sumido en la nostalgia de Jill. Me sentía triste, como si hubiera perdido una parte de mí.

Pero, como pasa a veces, esa noche estaba destinado a salir. Me fui a una fiesta en Calle del Medio, sin muchas ganas, pero allí fue donde vi a Basia por primera vez. Era pequeña, de cabello rizado, ondulado, con unos ojos azules intensos, casi turquesa.

Empezamos a conversar, tomamos una cerveza y, poco a poco, nos fuimos al balcón a seguir charlando. Decidimos ir a bailar a Mama África, esa discoteca que era un ícono en aquel entonces. Cuando llegamos, empezamos a bailar sin parar, y terminamos besándonos bajo las luces de la pista. Pero Basia tenía una vida fuera de Cusco; ella vivía en el Valle Sagrado, donde tenía que cuidar a su hija.

Así que intercambiamos números, nos escribimos por WhatsApp, y poco a poco, el romance empezó a crecer. Cada vez que ella viajaba del Valle a Cusco, nos encontrábamos. Tomábamos un café, reíamos, nos besábamos, y poco a poco, ella me presentó a su hija, una niña dulce, fan de Pokémon, que iluminaba cualquier espacio con su risa.

En esa época yo vivía en Cusco, pero siempre viajaba al Valle, a Arín, donde tenía una casa acogedora. Pasábamos los fines de semana juntos. Luego regresaba a Cusco, donde trabajaba en un gimnasio, dando clases de entrenamiento funcional.

Duró unos tres meses.

Un romance intenso, pero que, en el fondo, fue una manera de olvidarme de Jill. Porque en todo momento, ella soñaba con trabajar en Nueva York, y yo en desenvolverme en Cusco, y aunque lo intenté, nunca pude llevar esa distancia en mi corazón.

Capítulo 19- La laguna Piuray, Plácido y Álvaro

La laguna de Piuray siempre ha sido un refugio en mi vida. Es uno de esos lugares que se graban en el corazón, donde la felicidad parece flotar en el aire. Cuando llegué a Cusco en 2016, trabajaba como entrenador en un gimnasio, pero fue en 2017 cuando mi camino se cruzó con el turismo, y Piuray se convirtió en mi escuela. Ahí, como guía de stand-up paddle, kayak y caminatas, comencé a aprender todo lo que sé hoy. Desde mis primeros días como practicante en 2016 hasta ahora, en 2026, la laguna ha sido mi gran maestra. Cada año, he perfeccionado mis habilidades, he aprendido a conectar con los turistas, a contar historias, a llevarlos por un camino entre las montañas.

No podría estar más agradecido. Piuray es, sin duda, mi lugar de felicidad. Y ahí, entre las aguas tranquilas, conocí al señor Plácido, un comunero de la zona que, con su generosidad, nos abrió las puertas de su jardín. Plácido, con su familia, nos permitió operar los tours en su espacio, rodeado de la belleza del Salkantay y la Verónica. Él, como líder de la comunidad, preparaba las pachamancas para los grupos, creando un turismo vivencial, donde las montañas no eran solo paisaje, sino un hogar. Y así, en ese jardín con vista a los Andes, entendí que mi lugar en Cusco no solo era un destino, sino mi hogar.

También quiero agradecer a mi padre, que un día, casi sin querer, empezó a seguir una camioneta cargada de tablas de SUP. Esa camioneta se detuvo en la laguna de Piuray, y ahí estaba Álvaro, el pionero del stand-up paddle en Cusco, quien llevó la idea a la comunidad donde vivía Plácido. Mi padre se hizo amigo de Álvaro, y de ahí, vino la conexión conmigo, para que yo pudiera trabajar ahí. Suerte del destino.

-Álvaro

No puedo dejar de sentir gratitud hacia Álvaro, porque él fue quien me dio la oportunidad de convertirme en guía. Confió en mí desde el primer momento. Me dijo: “Gonzalo, tú sabes inglés, tienes carisma, sabes de deportes.

¿Quieres trabajar conmigo? Estoy empezando”.

Era el año 2016. Poco a poco, Álvaro me fue dando algunos grupos. Al principio, yo solo era su asistente, mientras él guiaba los tours. Pero él veía algo en mí. Me fue soltando, me fue dando más responsabilidades, y con cada grupo me sentía más seguro.

Me convertí en su ayudante primero, y luego, con el tiempo, en el guía que soy hoy. Ahora, después de tantos años, me siento mucho más canchero. Tengo más experiencia, más calma. Cuando comencé, estaba nervioso, sin saber por dónde empezar, como cualquiera que se inicia.

Pero Álvaro me enseñó. Cada año, con sus capacitaciones, nos llevó más allá. Nos enseñó primeros auxilios, cómo salvar vidas. Recuerdo un curso donde aprendimos la técnica de Heimlich. Y años después, en un restaurante en Cusco, vi a un hombre que se estaba ahogando con un trozo de carne. Gracias a lo que Álvaro nos enseñó, pude salvarlo. Mis manos temblaban de adrenalina, pero supe qué hacer.

Ese día entendí que la formación es vital. Hoy, después de todo, me siento un guía realmente capacitado. Gracias a Álvaro, cada grupo que acompaño es una nueva oportunidad de compartir no solo un recorrido, sino una experiencia de vida.

Capítulo 20- El Mono y Cali

El Mono es uno de esos personajes que no pasan desapercibidos. Siempre con un cigarro en la mano y los brazos llenos de tatuajes.

Es de esas personas que disfrutan de la fotografía, de viajar y de la naturaleza. Los viajes por carretera son su pasión, y acampar en medio de la nada para ver las estrellas lo hace feliz.

Es un buen amigo. De esos que, cuando los necesitas, siempre están para darte una mano. Tiene un buen corazón.

El Mono es el dueño de Calle del Medio, el restaurante ubicado en plena Plaza de Armas de Cusco. Pero antes que eso, el Mono es amigo de mi papá de toda la vida. De esos amigos que no necesitan verse todos los días para saber que están ahí cuando se les necesita.

Yo lo conocí hace muchos años, prácticamente desde que era niño. Siempre fue un personaje particular dentro de mi historia, alguien que formaba parte de mi vida y del paisaje humano de Cusco. De esos personajes auténticos que hacen que esta ciudad tenga alma.

Cuando volví a Cusco en el 2024, en un momento en el que estaba tratando de reorganizar muchas cosas en mi vida, el Mono apareció nuevamente, casi como un aliado silencioso. Me ayudó bastante en esos días. No necesariamente con grandes discursos ni consejos filosóficos, sino con algo mucho más valioso: apoyo, presencia y puertas abiertas.

A veces en la vida uno necesita justamente eso.

Personas que, sin hacer demasiado ruido, simplemente están ahí. Y el Mono siempre ha sido uno de esos personajes.

-Cali

En Pisac, también apareció Cali, él siempre también estuvo en nuestras historias por Cusco, el Ausangate Trek, y por supuesto Pisac.

Cali vino con nosotros a hacer el Trek de Ausangate, pero lo conozco de hace mucho tiempo atrás, es muy amigo de mi padre y el mono. Y con el tiempo me hice amigo de él también.

Cali es una persona noble de buen corazón, muy sensible. Pero cuando se molesta mejor aléjate, no anda de buen humor y mucho menos aguanta pulgas.

Pero sin dudas, es una gran persona, hemos compartido muchas caminatas juntos por el valle sagrado, risas, y llantos. Porque cuando yo estuve pasando momentos difíciles por mi ruptura amorosa, él siempre estuvo ahí para conversar conmigo, y viceversa. Había momentos en los que él estaba mal por temas personales y yo lo escuchaba.

Compartimos hogar un par de meses en Pisac cuando él recién se mudó al valle. Íbamos al gym juntos, salíamos a correr, o a visitar cafeterías.

Cali es muy amiguelero y se le hace fácil hacer amigos, ahora esta por Lima, pero creo que va a volver. Siempre Cusco le llama la atención para llevar una vida más sana y relajada.

Capítulo 21-Jyoti, una hermosa luz en el camino

En el año 2023, cuando me separé de Kristina, no quería ni levantarme de la cama. Estaba sumido en una profunda depresión. Fueron días muy oscuros.

Y fue precisamente en uno de esos días cuando llegó un mensaje de WhatsApp. Era Pamela, una chica que había escuchado sobre mis tours en Cusco. Pamela conocía a Jyoti, una profesora de yoga que vive en Colorado, USA.

Ella estaba organizando retiros espirituales en Cusco. Ella quería hacer su primer retiro en el 2024: un viaje de siete días que incluyera Machu Picchu, caminatas, yoga y stand up paddle. Y decidió contactarme a mí.

La verdad es que yo estaba tirado en la cama, sin buscar nada, sin energía para nada. Pero como siempre digo, en los momentos más oscuros aparece Dios, esa conexión invisible que te pone una luz en el camino. Jyoti fue una de esas luces.

Ella confió en mí sin siquiera conocerme. Confió en que yo podría hacer que ese retiro espiritual fuera algo realmente hermoso. Y en ese momento, sentí que debía devolverle esa confianza.

En el 2024 organizamos nuestro primer retiro de yoga en Cusco. Fue incluso mejor de lo que imaginábamos. El grupo se unió mucho, en gratitud y en conexión. Hicimos una ceremonia de pago a la tierra, y recuerdo ver a varias personas llorar de emoción. En ese momento entendí algo muy profundo: estos viajes no eran solo turismo. Eran viajes de sanación. Para mí también lo fueron.

No solo me ayudó espiritualmente, sino que también me dio un impulso económico en un momento en el que realmente lo necesitaba. El turismo todavía estaba recuperándose después del COVID, y yo estaba tratando de levantar nuevamente mi trabajo.

Gracias a esos ingresos pude hacer algo muy simple, pero muy importante para mí: llevar a mi hija Kiana a comer un helado, al cine, compartir momentos con ella. Momentos pequeños, pero llenos de significado.

Esta Navidad incluso pude comprarle una bicicleta, y verla feliz fue uno de los regalos más grandes para mí. Por todo eso siempre voy a estar agradecido con Jyoti y con la vida, por haber puesto esa oportunidad en mi camino en el momento más oscuro.

En el 2025 repetimos el viaje, pero esta vez con dos grupos: uno de retiro espiritual y otro de viajes familiares con niños. Los tours salieron incluso mejor. Y con Jyoti también fortalecimos nuestra amistad. En ese proceso pude conocer a sus hijos, Bodhi y Anya, dos niños adorables.

Gracias, Jyoti, por confiar en mí, por aparecer en mi camino y por seguir regresando a Perú con tus retiros. Este año, 2026, ya tenemos dos grupos confirmados. Y siento que lo que hacemos realmente ayuda a las personas. Son viajes que se viven con tanta intensidad, con tanta conexión, que terminan convirtiéndose en recuerdos memorables para todos los que participan. Y también, de alguna forma, para mí.

Capítulo 22-Muerto por dentro

El año 2023 fue uno de los más duros de mi vida. Después de la ruptura con Kristina sentí que mi mundo se quebraba en dos. Nada parecía tener sentido. La vida que había construido, la familia que habíamos formado, todo parecía desmoronarse frente a mis ojos.

En el 2020, cuando nació Kiana, todo había sido amor. Recuerdo ese año como una burbuja. Vivíamos los tres en Huayllabamba, cerca de Cusco, en un pequeño mundo donde lo único importante era nuestra hija. Descubrir la paternidad fue como entrar a una dimensión nueva. Cada gesto, cada sonrisa, cada pequeño logro de Kiana llenaba la casa de una felicidad que yo nunca había conocido antes. Pero los años siguientes fueron cambiando el panorama.

Llegó el 2022, todavía con la sombra del COVID presente. Había poco trabajo afuera, pero mucho trabajo dentro de casa. Cuidar a una niña pequeña es un trabajo de veinticuatro horas al día. Kristina también estaba agotada. Los dos hacíamos lo mejor que podíamos, pero el cansancio físico y emocional comenzó a acumularse lentamente.

Fue entonces cuando decidimos viajar a Europa. Kristina quería visitar a su familia. Su madre vivía en Holanda y su padre también. Pensamos que el viaje nos haría bien, que sería una especie de respiro. Pero no fue tan sencillo. Viajar con una niña pequeña ya es un reto en sí mismo, y además nos encontramos con un ambiente familiar complicado. La madre de Kristina estaba pasando por momentos difíciles y su padre tenía un carácter fuerte; las discusiones eran frecuentes. Yo me sentía como un extraño dentro

de ese mundo. Intenté mantenerme fuerte por Kiana, pero por dentro empezaba a sentir una gran inestabilidad.

En medio de todo eso también viajamos a Alemania para visitar a unos tíos míos. Fue bonito verlos, pero el viaje en general terminó siendo agotador. Todo era movimiento, tensión, cansancio. Cuando finalmente regresamos a Cusco sentí, por un momento, que habíamos vuelto a casa. Pensé que tal vez podríamos recuperar el equilibrio. Pero algo ya se había quebrado. Durante el 2022 y buena parte del 2023 seguimos con la rutina de la casa y la crianza. Desde afuera parecía una vida normal. Pero dentro de mí el desgaste era cada vez mayor.

El cansancio se transformó en algo más profundo.

Agotamiento.

Ansiedad.

Una tristeza constante que poco a poco comenzó a afectar mi salud mental. A mediados del 2023 la relación con Kristina llegó a su punto de quiebre. Intentamos buscar ayuda profesional, hablamos con psicólogos, pero no fuimos constantes en el proceso. La distancia emocional entre nosotros ya era demasiado grande. La separación llegó como una tormenta.

Fue uno de los momentos más duros de mi vida. Entré en una depresión profunda. Pasaba días enteros sin querer levantarme de la cama. Me sentía completamente vacío. Tomaba pastillas para poder dormir, para poder calmar la ansiedad, para poder atravesar el día. Me sentía muerto por dentro.

Pensé que cambiar de ciudad podría ayudar, que tal vez empezar de nuevo sería una solución. Pero con el tiempo entendí que había sido una mala decisión. Lo acepto. Me equivoqué. La vida es así. Somos seres humanos. A veces tomamos decisiones creyendo que son las correctas y solo después entendemos que no lo eran.

A finales del 2023, cuando todavía estaba intentando recomponerme, recibí un mensaje inesperado. Una chica de Estados Unidos llamada Jyoti me escribió. Había escuchado sobre Cusco y quería organizar retiros espirituales en la zona. Me preguntó si podía ayudarla con la logística y la organización.

Ese mensaje fue como una pequeña luz en medio de la oscuridad. De pronto tenía una razón para volver a Cusco. Tenía una razón para moverme otra vez. También tenía una oportunidad para generar ingresos y poder pasar momentos lindos con Kiana, porque ahora la veía mucho menos. A comienzos del 2024 regresé a Cusco y me mudé a Pisac, a la casa de un amigo de mi padre al que todos llamaban “El Mono”. Pisac es un lugar mágico, lleno de energía espiritual, pero para mí ese año fue emocionalmente muy duro.

Volver a Cusco significaba enfrentar todos los recuerdos.

Mi familia.

Mi hija.

La vida que habíamos tenido.

Y al mismo tiempo, saber que ahora Kiana ya no vivía ahí. Ella estaba en Lima. Ese fue uno de los conflictos internos más fuertes que he vivido. Mi alma quería estar en Lima cerca de mi hija.

Pero mi cuerpo sabía que tenía que trabajar en Cusco. Viví todo el 2024 atrapado entre esos dos mundos. Viajando constantemente entre Lima y Cusco. Intentando reconstruir mi vida. Intentando encontrar un nuevo equilibrio.

En medio de ese proceso también conocí a Daria, una chica de Polonia. Durante unos meses su compañía me hizo bien. Me ayudó a distraerme, a sentir nuevamente un poco de alegría. Pero yo no estaba listo para una nueva relación. La ruptura con Kristina había sido demasiado profunda. Extrañaba a mi familia, extrañaba la vida que habíamos tenido, y todo eso pesaba demasiado dentro de mí.

A pesar de todo, el proyecto con Jyoti siguió adelante. Logramos organizar un retiro espiritual muy bonito en Cusco. Fue una experiencia increíble, no solo en lo económico, sino también en lo cultural. Ese retiro abrió nuevas puertas. Nuevos grupos de americanos comenzaron a interesarse en venir a Cusco. Por primera vez en mucho tiempo sentí que algo volvía a moverse en mi vida.

A finales del 2024 firmé un permiso notarial para que Kristina pudiera viajar con Kiana a Europa a visitar a su familia. Su madre vive en Holanda y ahora su padre en España. Sabía que ese viaje era importante para ellas, pero me costó firmar el permiso por el miedo de que se quede en Europa con mi hija.

Kiana pasó dos meses y medio allá. Me contaban que estaba feliz. Que había disfrutado mucho el viaje. Pero para mí fueron dos meses larguísimos. La extrañé cada día. Cuando finalmente regresó a Lima, viajé inmediatamente para verla. Y cuando la tuve frente a

mí corrí a abrazarla con todas mis fuerzas. En ese momento entendí algo muy profundo. No hay dolor más grande que vivir lejos de un hijo.

Capítulo 23- Laura y la Ciccolina

A Laura la conocí en Cusco. Era de Alemania, una de esas viajeras que llegan con espíritu libre, curiosidad por el mundo y ganas de vivir experiencias auténticas.

Nos conocimos en La Boheme, un lugar clásico, una crepería francesa en el corazón de San Blas. En esa época yo ya conocía bastante bien ese circuito de bares donde mochileros de todo el mundo se mezclaban con locales, historias y risas que empezaban con una cerveza y terminaban, muchas veces, cuando ya estaba saliendo el sol.

Laura tenía algo especial. Era sencilla, natural, con una energía tranquila pero muy presente. De esas personas con las que puedes conversar largo rato sin sentir que el tiempo pasa. Además, a Laura le encantaba el trekking, igual que a mí. Y yo estaba buscando a alguien que me acompañara a pasar unos días de relax en Cusco.

Shawn, mi buen amigo, me había regalado por mi cumpleaños un pase para el spa de su hotel, y yo necesitaba una compañerita, ¿me entiendes?

Con ella compartimos varios días muy lindos en Cusco.

Uno de los lugares donde la llevé fue Inkilltambo, uno de esos rincones mágicos que casi no aparecen en las guías turísticas. Caminar por ahí siempre tiene algo especial: las terrazas incas, el silencio del valle, los caballos del templo de la luna, la sensación de estar en un lugar que guarda siglos de historia.

También hicimos caminatas largas por los alrededores de Chinchero. Recuerdo especialmente la ruta desde Chinchero hacia Urquillos, pasando por campos abiertos, montañas enormes y esos paisajes que parecen no terminar nunca. Y la tan famosa catarata de Poc poc.

En uno de esos días también fuimos a Piuray, donde el lago se ve tranquilo, rodeado de montañas, y con ese aire puro que te hace respirar diferente. Esa noche hicimos una fogata y vimos un sin fin de estrellas, fue mágico, nos quedamos en un hospedaje local que el señor Plácido había construido en tiempos de pandemia. Y paseamos también en cuatrimotos. Fueron días simples, pero muy intensos. Conversaciones largas, caminatas, risas y esa sensación de libertad que solo aparece cuando dos personas de mundos distintos coinciden en el mismo lugar.

También pasamos algunos momentos en Urubamba, en mi casa.

Pero si vuelvo al inicio de todo, la historia empezó con aquella invitación al spa. De ahí surgió una conversación, un masaje... y un beso que nos llevó a vivir todos esos días juntos en Cusco.

La gente llega, conecta, vive algo intenso... y luego sigue su camino. Recuerdo que una vez, hablando con un amigo, alguien me dijo una frase que me hizo reír mucho:

“Mi compadre ha sido besado por varias nacionalidades... ese huevón no se puede quejar.”

Y tal vez algo de verdad hay en eso.

Cusco es una ciudad donde los caminos del mundo se cruzan. Donde conoces personas de lugares que nunca imaginaste. Donde compartes momentos que, aunque duren pocos días, quedan grabados en la memoria.

Laura fue una de esas historias.

Una de esas conexiones que aparecen en el camino, dejan una marca... y luego continúan su viaje.

-La Cicciolina

Estábamos terminando una caminata con Laura cuando, de pronto, ella me dijo: “¿Sabes qué? En Perú no he comido tan rico como en Colombia. No sé por qué dicen que en Perú la comida es tan buena. La verdad, nunca he comido algo tan rico aquí. Definitivamente, puede ser que sea rica, pero en Colombia comí en un restaurante peruano y fue mucho mejor que aquí”.

Eso realmente me molestó, porque como peruano, si algo defendemos, es nuestra comida. Si tú eres un brichero, si eres un puente hacia otras culturas, tienes que demostrar que la comida peruana es la mejor del mundo. Y si otra persona piensa distinto, entonces tienes que demostrar lo contrario. Así fue como invité a Laura a La Cicciolina. Le dije: “Después de esta caminata, vamos a ir en la noche a un restaurante de Cusco, que es uno de los mejores, y ahí me vas a dar tu opinión. Ahí recién me vas a decir si la comida de otros países es mejor que la peruana”.

Cuando llegamos, el lugar era muy fancy, muy elegante, muy lindo. Yo sabía a dónde la llevaba. Y Laura me dijo: “¿Sabes qué, Gonzalo? Como gratitud por todos los lugares a los que me has llevado, yo te voy a invitar esta cena”. Pero, bueno, eso no era lo importante. Yo lo que quería era que Laura probara la comida peruana. Así que pedí un plato que no podía faltar: el ossobuco. El ossobuco de La Cicciolina, creo yo, si quieres comer carne, es el mejor plato de Cusco. Pedimos un par de copas de vino, y después de ese plato, Laura me miró con unos ojos de asombro y me dijo: “¡Wow! Tienes razón. No había comido en ningún lugar más rico que este. Este es el mejor lugar. Acá he comido mejor que en Colombia y en muchos otros lugares. Gracias por traerme aquí. No lo sabía”.

Ahí me cambió la cara. Dije, “¡Wow!”, finalmente pude demostrarle lo contrario. Y entendí que, cuando viajas, tienes que conocer bien los lugares. Sabía que La Cicciolina era uno de esos.

Capítulo 24- Kim

Hoy por hoy, salgo con una chica que se llama Kim. Ella es mayor que yo, y nos conocimos por Tinder. Al principio fue una amistad que lentamente se fue transformando en un romance.

Kim creció en Arequipa, pero su familia es suizo-alemana. Tiene una perrita adoptada que se llama Majo, y es una dulzura. De hecho, el nombre de Majo fue porque, si algún día ella tuviera una hija, le pondría María José, pero ahora, al no tener hijos, le puso ese nombre a su perrita.

Kim viene de una familia de escritores, y quizás fue por eso que decidí finalmente escribir este libro, algo que tenía ya mucho tiempo en mente. Ella y yo nos estamos conociendo, empezando este romance, y quién sabe a dónde nos llevará. Tal vez sean ocho años como con Valentina, quizá un año como con Jill, o cuatro años como con Kristina. No lo sé.

Lo que sí sé es que todo va fluyendo muy bien. Vivo más en el presente, y voy con esa fluidez hacia las circunstancias que la vida trae. Le he pasado partes de este libro a Kim, a mi padre, a Jackie, a mi abuelo, a mi madre y a algunos amigos cercanos, y me dan referencias positivas.

Les gusta, es fácil de leer, te mantiene entretenido, habla con sinceridad y desde el corazón. Y creo que eso es lo más importante: ser honestos, vencer nuestros miedos. Hablar o escribir ayuda a sacar lo que llevas dentro.

Y ahora, Kim va a venir a Cusco. Estoy feliz por eso, por presentarla a mis amigos, por ver cómo las cosas fluyen, paso a paso, sin prisas, pero con la confianza de que, pase lo que pase, estoy aprendiendo a vivir más en el presente.

Epílogo – El verdadero significado de Brichero

Cuando llegué a Cusco no sabía exactamente qué estaba buscando. Venía con el corazón medio roto, con ansiedad, con muchas preguntas sobre mi vida y sobre quién quería ser realmente. Lo único que sabía era que necesitaba un cambio.

Cusco me lo dio.

Muchos años después, cuando miro todo lo que viví —los trekkings, las amistades, las noches de fiesta, las caminatas por las montañas y también las historias con mujeres de todo el mundo— entiendo algo que antes no veía con tanta claridad.

Ser brichero no es lo que muchos creen.

En Cusco, la palabra “brichero” muchas veces se usa como una broma, como una etiqueta para el tipo que sale con extranjeras. Algunos lo dicen con admiración, otros con crítica, otros simplemente como parte del folklore de la ciudad.

Pero para mí, con el tiempo, el significado cambió. Ser brichero no fue solo conocer mujeres de otros países. Fue conocer el mundo sin salir de CUSCO.

Fue escuchar historias de Francia, de Canadá, de Holanda, de Estados Unidos, de Australia, de lugares que quizás nunca hubiera imaginado visitar cuando era un chico creciendo en Lima. Cada persona que pasó por Cusco traía consigo una historia distinta, una cultura distinta, una forma distinta de ver la vida. Y en cada conversación, en cada caminata, en cada romance, yo también iba cambiando.

Cusco me enseñó algo muy importante: cuando una ciudad recibe gente de todo el mundo, también se convierte en una escuela de vida. Aprendí idiomas a medias, aprendí culturas a medias, aprendí maneras diferentes de amar, de viajar, de vivir el presente. Aprendí

que hay personas que llegan a tu vida solo por una noche, otras por un mes, y algunas que se quedan para siempre en tu memoria.

También entendí algo más profundo. Muchas de esas historias empezaron con una simple caminata. Con mostrarle a alguien un mirador de la ciudad, un mercado local, una laguna escondida o un sendero en las montañas. De alguna manera, todo eso fue sembrando algo dentro de mí.

Así nació Cusco Day Hike.

Lo que empezó como simples caminatas con viajeros terminó convirtiéndose en una forma de compartir el Cusco que yo había aprendido a amar: el Cusco de las montañas, de los barrios antiguos, de los caminos que no aparecen en las guías turísticas.

Y ahí entendí el verdadero significado. Ser brichero, al final, no era conquistar mujeres. Era conectar con el mundo.

Era vivir en una ciudad donde cada día puede empezar con un café tranquilo en San Blas y terminar celebrando en la Plaza de Armas con gente de diez países distintos. Era entender que Cusco no solo cambia a los viajeros. Cusco también cambia a los que decidimos quedarnos y compartir nuestra cultura peruana con otras culturas del mundo.

Y en mi caso, ese “BRIDGE” que significa puente en inglés, es el puente que nos une como personas de todo el mundo, y que nos transforma en cada experiencia.

“My Way” de Frank Sinatra.

“Al final, cada uno de nosotros sigue su camino a su manera. Esa canción, ‘My Way’, siempre ha sido un faro en mi vida. La escuchaba con mi abuelo Wenceslao, cada domingo después del desayuno, cuando llenaba la casa con las notas de Frank Sinatra. También escuchábamos “New York, New York” pero “My Way” siempre me puso la piel de gallina al escucharla, Y hoy, cuando escucho esa versión especial, cantada por mi tío Luis Miguel Saco-Vértiz y Coqui Saco-Vértiz, entre inglés y español, siento esa misma emoción. Se puede encontrar esta interpretación en YouTube, y es un canto a vivir la vida a mi manera, a nuestra manera, con las experiencias que nos han formado. Y hoy, con esta canción, me despido de ustedes, a mi manera, My Way.”

Agradecimientos y dedicatoria

A mi familia, a mis padres, a mis abuelos, a mis hermanos, Daniel y Sebastián. Los quiero mucho y siempre les deseo lo mejor, uno como cirujano plástico, el otro como DJ, viviendo en Argentina y metido en el mundo de bienes raíces.

A las personas que se cruzaron en mi camino, a mi abuela Luisa, que ya no está, pero vive en mi corazón; y a mi abuela Sara, que siempre nos dio su hogar y nos abrió las puertas de su casa cuando más lo necesitábamos. Siempre estuvo ahí para apoyarnos. a mi padre, a mi madre, a mis abuelos, por su amor incondicional.

A Kim, por su compañía y por inspirarme a vivir en el presente. A Jackie, A mis amigos cercanos, Shawn, por su amistad. A todos los que aparecen en este libro, a Sarah, a Kike, a cada persona que menciono y es parte de mi historia.

A cada romance: Jill, Kristina, Valentina, etc. ...
a mi hija Kiana, que es mi gran amor.

Gracias a Greg Plitt, Cesar Millán y cada persona que me ha inspirado y que hacían un bien a los demás desinteresadamente.

Gracias a todos, a todos los que han sido parte de mi camino, porque sin ustedes, esta historia no existiría.

Dedicatoria

Primero doy gracias a Dios y a la Virgen María, por acompañarme en cada paso de mi vida, incluso en los momentos más difíciles.

A mis padres, por enseñarme con su ejemplo y por todo el amor que me dieron y me dan, a mis abuelos, por ser el pilar de mi familia y sostener a quienes me criaron.

A mi hija Kiana, por traer luz y alegría a mi vida. Y a la madre de mi hija, Kris, por caminar junto con mi hija, en este viaje de vida y familia.

FIN